

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA



Notas de la guerra europea.—Las necesidades de aprovisionamiento en la actual guerra, que se ha llamado acertadamente lucha de elementos, en la cual ha de triunfar el contendiente mejor provisto de material humano, bélico, o de transporte, ha hecho que se cuide, como nunca, la reposición y mantenimiento de ese material. Es así como en todos los países en lucha además de hospitales para curar los heridos y grandes talleres para reparar los cañones gastados, se han instalado grandes hospitales para atender los caballos heridos en el frente. Nuestra fotografía, tomada en un establecimiento de remonta anexo a uno de esos hospitales, en Inglaterra, muestra a distinguidas damas inglesas, que tal vez fueran en la paz, excelentes «sportswomen», ejercitando en la marcha a caballos convalecientes.

REVISTA ILUSTRADA DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

HIGIENE del TOCADOR



EN LAS FARMACIAS

Desconfíese de las imitaciones
á que sus éxitos han dado origen.

Para conservar una sólida dentadura y mantener sana la boca, afirmar las encías y fortificar el cabello; así como para las abluciones higiénicas de las señoras, para el aseo de los niños de pecho, etc., está recomendado el uso del

Coaltar Saponiné Le Beuf

el cual posee las propiedades antisépticas y deterativas **INDISPENSABLES** que deben reunir los productos destinados á usos semejantes; á estas cualidades debe el coaltar su admisión en los Hospitales de París.

ASMATICOS

EL MEJOR TRATAMIENTO del ASMA es el

LICOR DE LA ESTRELLA

(LIQUEUR DE L'ETOILE)

de MARIO LECHAUX

40, Rue de Maubouge, París.

Al cabo de cinco días se puede acostarse y dormir toda la noche.

SE VENDE en todas las BUENAS FARMACIAS

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los SRS PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTANTES para facilitar la emisión de la voz.

Exigir en el rotulo á firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

NUEVA MEDICACIÓN
Calmante por excelencia de las enfermedades del estómago y del intestino

BISCOLS Calmantes

BIZCOCHOS FRAUDIN

ANTIGASTRALGICOS — ANTIDISPEPTICOS
ACEDIAS, FIROSIS, DIARRHEAS
FIEBRES INFECTIVAS



OJO!
Especificar el Nombre
FRAUDIN
Paris-Boulogne

LINO-TARIN

NATURAL — HIGIENICO

Procura: Frescura,
Belleza — Salud
Alegria.

Cura:

ESTREÑIMIENTO
ENTERITIS
OBESIDAD
Enfermedades del HIGADO
Indispensable durante
los fuertes calores.
Todas Farmacias y 73 Rue St-Anne PARIS



Pasta y Jarabe
de
NAFÉ
DELANGRENIER

contra:

la Tos, el Catarro
y la Bronquitis

19, rue des Saints-Pères, Paris, y Farmacias



De Venta en todas las Perfumerías.

ANEMIA-CLOROSIS

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE
MEDICINA DE PARIS

Pildoras y Jarabe

BLANCARD

DOSIS: 2 á 6 Pildoras
1 á 3 Cucharadas

DEBILIDADES-ESCRÓFULAS

Siete MEDALLAS de ORO

Quina-Laroche

ELIXIR VINOSO

que contiene todos los principios de las tres Quinas.

El QUINA-LAROCHE es de un sabor agradable y muy superior á todos los demás Vinos y Jarabes de Quina.

Se emplea en los casos de:

Males de Estómago,
Falta de Fuerzas,
Convalecencias, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE FERRUGINOSO

Contra la Anemia, Clorosis,
Consecuencias del Parto, etc.

QUINA-LAROCHE FOSFATADO

Contra el Linfatismo,
la Escrófula,
los Infartos de los Ganglios, etc.



DE VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

PARIS, 20, Rue des Fossés-Saint-Jacques.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK

PURGATIVOS, DEPURATIVOS, ANTISEPTICOS

ESTREÑIMIENTO y sus consecuencias

EN TODAS LAS FARMACIAS.



ESTREÑIMIENTO

SUPOSITORIOS CHAUMEL

INFALIBLES

Efecto producido en media hora.

Exijase la Marca Triangular en la cubierta de papel

ESTABLECIMIENTOS FUMOUIZE, 78, Faubourg Saint-Denis - PARIS



AVISO A LAS SEÑORAS

EL ANOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^a G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honore, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CATARROS
antiguos y recientes
TOSAS, BRONQUITIS
CURADOS radicalmente

FOR LA

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

que procura
PULMONES ROBUSTOS
y preserva de la
TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE
COURBOVOIE-PARIS

HIERRO QUEVENNE

Cura: ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD

Aprobado por la ACADEMIA DE MEDICINA
de PARIS. — El mas activo y economico, el único Hierro INALTERABLE en los paises calidos
Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS". — 14, R. des Beaux-Arts, Paris

LA ILUSTRACIÓN SUD AMERICANA



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

AÑO XXV.—NÚM. 569

BUENOS AIRES, 30 DE ABRIL DE 1917

Editada por la Imprenta ARGOS



FIGURAS SUDAMERICANAS.—EL CANCELLER BRASILEÑO DR. LAURO MÜLLER, QUE HA DIRIJIDO POR VARIOS AÑOS LA POLÍTICA INTERNACIONAL DEL BRASIL Y QUE HA SIDO UNO DE LOS AGENTES MÁS ACTIVOS PARA EL ACERCAMIENTO DE LOS PAÍSES DE SUDAMÉRICA

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

DIRECCION y ADMINISTRACION:
: Buenos Aires: Cochabamba 319 : :

REVISTA ILUSTRADA DE LAS
REPUBLICAS SUD AMERICANAS

Teléfono: Unión Telefónica 1889, Buen Orden

AÑO XXV BUENOS AIRES, 30 ABRIL DE 1917 N.º 569

"LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA"

Como informamos en un número anterior, la dirección, redacción y administración de LA ILUSTRACION SUD AMERICANA, conjuntamente con los talleres gráficos, acaban de trasladarse de su antiguo local de la calle Sarmiento 657 a la calle Cochabamba 319. El nuevo edificio, local propio, se presta, por su comodidad, a una instalación moderna y adecuada y ha sido esta circunstancia la que ha sugerido el traslado, que se traducirá en mejoras sucesivas en la revista.

El trastorno y el tiempo que demanda la mudanza de un establecimiento industrial de importancia, con el consiguiente desarme y montaje de las máquinas, han determinado la paralización de los trabajos de impresión durante el mes de marzo. Por esta circunstancia, el número de LA ILUSTRACION SUD AMERICANA correspondiente a dicho mes, a pesar de la preocupación de la dirección, no apareció, haciendo, por primera vez, un paréntesis en la salida en los veinticinco años de existencia que tiene la revista.

Dada la explicación y establecida la promesa de que el traslado de sus oficinas y talleres gráficos significa una garantía de mejoramiento para esta publicación, sólo nos resta pedir, a nuestros lectores y favorecedores, disculpa por el involuntario atraso.

La Dirección.

EL HUNDIMIENTO DEL "MONTE PROTEGIDO"

Un honoroso capítulo para la diplomacia argentina

La solución alcanzada en el asunto del hundimiento del velero «Monte Protegido» por un submarino alemán, significa un verdadero triunfo diplomático para el gobierno argentino.

La trascendencia que el hecho reviste, como antecedente para la política internacional sudamericana ante los conflictos de Europa, es indudable. Marca una orientación, serena y firme, agena a las insinuaciones o influencias extrañas. Establece el derecho—un tanto desconocido hasta ahora—para las naciones sudamericanas, de ser respetadas en su soberanía y de ser reconocidas como entidades morales perfectamente constituidas y perfectamente independientes.

Sudamérica, que, debemos decirlo sin circunloquios, ha sido considerada antes de esta guerra, como un simple campo de expansión comercial para las naciones de Europa, ha sido—y continúa siéndolo—después de producida la conflagración, trabajada con idéntico criterio, por influencias de uno y otro bando contendiente, a fin de arrastrar su opinión, o acaso su concurso. Era necesario un gesto sereno y firme como el del gobierno argentino, encarando la cuestión suscitada sin apresuramientos apasionados, para contrarrestar aquellas propagandas, por cierto deprimentes para nuestro prestigio de naciones conscientes de sus deberes y derechos. Era preciso demostrar que Sudamérica tiene su propio modo de pensar en cuestiones que la afectan y que ha llegado a la madurez

de juicio que justifica la independencia. Y que sin caer en las exageraciones del pasionismo fácilmente impresionable que suelen atribuir en Europa a la psicología sudamericana, estos pueblos saben escoger, sin cayado ageno, la ruta que les corresponde.

Decimos esto sin embarcarnos en ninguna clase de alusiones a las tendencias que luchan en Europa. Creemos firmemente que la gran mayoría de la opinión, en nuestro país y en toda Sudamérica, está de parte de las naciones de la «entente», pues grande y poderosa es la simpatía espiritual que Francia tiene en la América del Sur. Pero nos congratulamos que, en cambio de derivar por lo trágico, en aras de meros sentimentalismos, se haya buscado serenamente una orientación cuya finalidad es producir una relación de respeto para con las soberanías de Sudamérica. Eso; respeto, debida consideración, reconocimiento de nuestros derechos de naciones libres es lo que debemos exigir los pueblos de este continente, de las naciones de Europa, que no ha muchos años no concedían a los países sudamericanos, personalidad suficiente para tomar parte en la conferencia de La Haya.

La documentación que se refiere a las gestiones hechas por la Argentina por el hundimiento del «Monte Protegido» constituirá un capítulo muy interesante de nuestra historia diplomática. La nota presentada por el gobierno argentino, por su ministro en Berlín, conjuntamente con las instrucciones para éste dice así:

Buenos Aires, abril 22 de 1917.

A S. E. el señor Ministro Argentino en Berlín.

Sírvase V. E. presentar sin demora a ese gobierno, la siguiente nota:

«Señor Ministro: El gobierno argentino, después de una prolija investigación, ha comprobado que el buque de bandera y matrícula argentina «Monte Protegido» navegaba el 4 de abril del corriente, en el Atlántico Norte, a los 6° 44' de longitud Oeste y 49° 27' de longitud Norte, como a 30 millas de la costa, al S. O. de las islas Sorlinjas (Scilly) cuando fué hundido por un sumergible tripulado por marineros de la armada imperial alemana.

La tripulación del precitado velero, avistó al submarino a estribor que a un cuarto de milla le hizo fuego de cañón hasta tres disparos, no obstante que el buque agredido llevaba izada al tope la bandera argentina, ostentando también esa insignia pintada a su costado de estribor.

El buque se detuvo antes que desde el submarino se le hiciera la señal M. N. y después, éste, pasando a babor, le disparó cuatro cañonazos más que le alcanzaron.

El capitán y siete tripulantes del velero fueron obligados a abandonarlo, y después de un interrogatorio respecto a la procedencia, destino y carácter del barco, se le despojó de su documentación, instrumentos náuticos y algunos víveres, dejándolos librados a su suerte en un pequeño bote, hundiendo el barco por la explosión de dos bombas.

El «Monte Protegido» había salido de Buenos Aires, con cargamento de lino, de propiedad neutral, para Rotterdam, el 21 de octubre de 1916, tocó en Montevideo y el 27 de enero de 1917 zarpó de Pernambuco, último puerto donde hizo arribada; todo lo cual consta en la documentación en forma de que se incautó el capitán del submarino.

El ataque llevado al buque argentino es evidentemente contrario a los principios de derecho internacional consagrado, a la neutralidad observada estrictamente en todo momento por la República Argentina y a las relaciones cordiales entre este país y este imperio.

El gobierno argentino, contestando en 7 de febrero de 1917 la respectiva comunicación de

la legación alemana, expresó que lamentaba la adopción, por parte de S. M. imperial, de medidas tan extremas como las anunciadas, declarando que la república ajustaría su conducta, como siempre, a los principios y normas fundamentales del derecho internacional.

De acuerdo con estos antecedentes, el hundimiento del «Monte Protegido», en tales circunstancias, constituye una ofensa a la soberanía argentina, que pone al gobierno de la república en el caso de formular «como lo hago por la presente, en términos expresos y en virtud de instrucciones del Exmo. señor presidente de la nación» la justa protesta y la reclamación de las explicaciones consiguientes.

El gobierno argentino espera que el gobierno imperial alemán, reconociendo el derecho que asiste a la república, le dará las satisfacciones debidas, desagraviará el pabellón y acordará la reparación del daño material.

No escapará al elevado criterio del gobierno de S. M. imperial alemana, la premura con que el gobierno argentino desea obtener la respuesta a esta reclamación.

Ofrezco a V. E. las seguridades de mi consideración más distinguida. Firmado: Luis B. Molina.»

Comunique por telégrafo cuando reciba este despacho y avise fecha que V. E. entregue la nota, que no debe ser pública por ahora.

Demuestre a ese gobierno la necesidad de una respuesta urgente y terminante.

Queda librado al tacto de V. E. tan delicada gestión.—PUEYRREDÓN.

La comunicación del ministro argentino en Berlín, transmitiendo la contestación del gobierno alemán es la siguiente:

Berlín, abril 29 de 1917.

Señor Ministro de Relaciones Exteriores.

Buenos Aires.

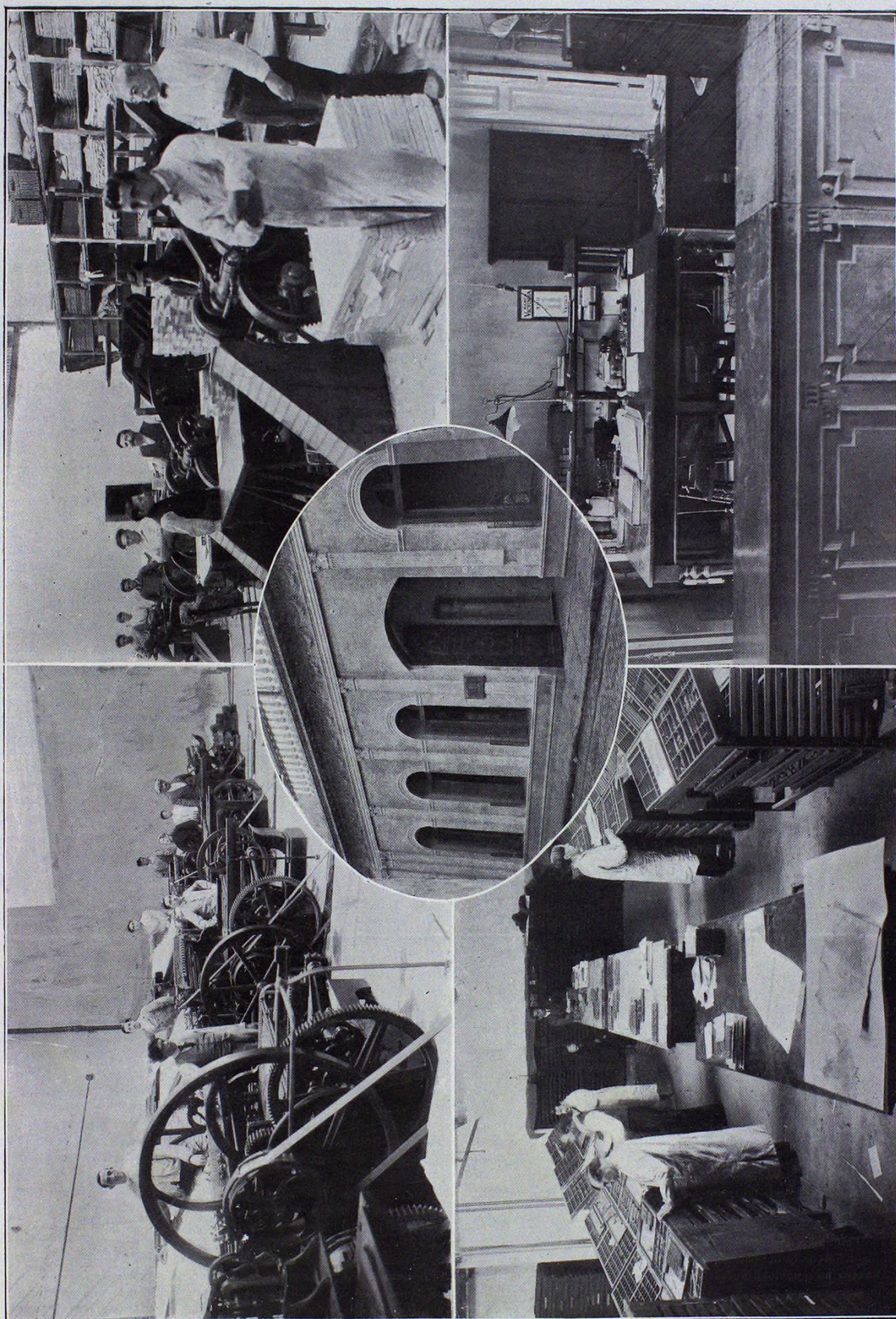
La nota del gobierno alemán fechada el 28 de abril me ha sido entregada personalmente por el Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores, hoy abril 29 a las 12.

Dice así:

Señor Ministro: Tengo el honor de acusar recibo de la nota de fecha 24 del corriente, por la cual ha tenido a bien informarme que el buque argentino «Monte Protegido» ha sido hundido por un submarino alemán. De las informaciones suministradas por el gobierno de la República Argentina, resulta que el buque zarpó de Pernambuco, antes que la declaración de enero 31 hubiese sido publicada y que por consiguiente él no ha podido conocer las nuevas medidas alemanas. En presencia de estas informaciones, el gobierno imperial, deseoso de demostrar el espíritu amistoso de que está animado, se apresura a asegurar al gobierno argentino por nuestro intermedio, que está dispuesto a dar la reparación por el daño causado y expresa al mismo tiempo sus sinceros sentimientos de pesar por la pérdida del buque argentino.

Estos sentimientos de pesar que son tanto más vivos cuanto que el gobierno imperial tiene empeño en conservar como siempre las relaciones amistosas que jamás han dejado de existir entre los dos países y de que el gobierno imperial ha dado pruebas en muchas ocasiones. Aprovecho la ocasión para renovar, señor ministro, las seguridades de mi alta consideración. (Firmado) Zimmermann.

El secretario de estado, al entregarme la nota, me expresó también que el almirantazgo no ha recibido todavía ninguna noticia sobre el particular y que a pesar de ello el gobierno imperial, haciendo honor a la palabra del gobierno argentino, se ha apresurado a hacer las manifestaciones de que instruye la contestación. (Firmado) Molina.



PROPIEDAD DE «LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA».—EN EL ÓVALO: FRENTE DE LA CASA, (COCHABAMBA 319).—VISTAS PARCIALES DE SUS INSTALACIONES: TALLER DE MÁQUINAS, ENCUADERNACIÓN, TIPOGRAFÍA, ADMINISTRACIÓN

PANAMERICANISMO

Su pasado y su porvenir

La situación internacional porque atraviesa América, en estas horas memorables de la historia de la humanidad y la circunstancia de reunirse en breve, en Buenos Aires, un congreso de delegados de las naciones neutrales del continente, dan, al artículo «El Panamericanismo», del prestigioso escritor Francisco García Calderón, una rigurosa actualidad, ya que en él se historian los esfuerzos que se han hecho desde hace más de un siglo para conseguir una federación moral de las naciones americanas, que es la esencia del panamericanismo. Este artículo ha aparecido en la revista «Cuba Contemporánea», de la Habana, de donde lo tomamos. Su extensión nos impide darlo en un solo número, así es que continuaremos su publicación en el próximo.

Declina el prestigio de la noción biológica de raza, interna fatalidad ineludible como el destino antiguo, que revelan la línea del cráneo y el color de la piel. Los sociólogos renuncian a descubrir sangre pura en naciones confusas, desconocen la preeminencia hereditaria que se atribuyera a determinados grupos étnicos, discuten la sumaria oposición entre indogermanos y semitas que explicaba, en la mente de ambiciosos historiadores, el desarrollo del drama de los pueblos, su progreso y su decadencia, la construcción de imperios y filosofías, la misión de Oriente y Occidente. Pero no se abandona la idea de la raza como síntesis de los diversos elementos de una civilización definida. Religión, arte, lengua, convivencia secular en determinado territorio, tradición, afinidades, morales que fijan a través de los siglos, durables culturas y caracteres psicológicos inconfundibles.

En el siglo XIX reclaman las nacionalidades sus derechos violados.

Se ha extendido a ellas el beneficio del principio revolucionario: los derechos del hombre comprenden también a la nación, persona eminente, estrecha agrupación que vence al tiempo y a la caducidad de los hombres. Inclínándose ante las creaciones de la historia, defienden estadistas y poetas la autonomía de vastas entidades sociales. Libertad y unidad exigen los pueblos divididos. Surgen así el pangermanismo, el panserbismo, el paniberismo, el panislamismo, el panamericanismo, el panslavismo, el panmagiarismo y hasta el panasiatismo; riqueza de doctrinas semejantes que aspiran a determinar el rasgo peculiar de cada fuerte grupo de hombres, a acercar a gentes afines y convertir la nación difusa, sujeta a contradictorias hegemonías, en estado perfecto que prolongará y acrecerá en el futuro las inquietas tradiciones del pasado.

A veces un pueblo libre atrae a provincias vecinas de la misma raza. Así Serbia, construcción política de una variedad de eslavos que va a formar, con los yugoeslavos de Croacia y de Bosnia, con poblaciones esclavizadas por

Austria, una soberana federación. Otras, sin llegar a la unidad política, se acercan los miembros dispersos, *disiecta membra* de una familia de naciones. Los iberos que el Atlántico separa forman una ideal asociación; se enorgullecen de su tradición y de su lengua y olvidan, en citas de elocuente fraternidad, la antigua violencia que alejara a las colonias de la metrópoli. Inglaterra y Estados Unidos, el «mundo que habla inglés» afirma su unidad moral, y democracias de mares remotos se agregan al concierto de los más vastos estados sajones.

A este libre acuerdo se oponen otras síntesis en que la fuerza impera. En el panslavismo descubrimos no sólo la unión de subrazas afines, sino también el místico ideal de la dominación. Ante el eslavismo que busca trágicamente la pura unidad de su estirpe, desaparecen las nacionalidades menores. Y el pangermanismo, que degenera en locura, no sólo reúne en fusión necesarias partes separadas de la vieja heredad germana, sino que, abandonando la simple construcción política, aspira a redimir con hierro y sangre. En las más extrañas gentes descubre rasgos alemanes; en todos los continentes, prolongaciones o perversiones de una misma iniciación civilizadora.

No siempre es completa la semejanza de los pueblos que una doctrina y una política se afanan en maridar. Pueden diferir las religiones, como entre los múltiples dominios del eslavismo o entre las provincias que hablan alemán. Es diverso el régimen de gobierno entre los españoles de ambos mundos o los sajones de la isla monárquica y del continente republicano. En la inmensa congregación de eslavos varían el credo y la lengua, las costumbres y el orden político; los anima, sin embargo, un fuerte espíritu común. En América, la unidad es geográfica y moral. República, liberalismo, democracia, tolerancia constituyen de norte a sur aspectos de idéntico evangelio social. Sajones germanizados y españoles latinizados llegan, en lenta cooperación, a definir aspiraciones y odios análogos. Si el norteamericano es protestante y el iberoamericano es católico; si se expresan en idioma distinto y obedecen a diversa lógica, de la tierra semejante, del sistema de gobierno uniforme, de un crecimiento sin seculares tradiciones, de la ausencia de rígidas castas, de la comunidad de generosos principios como el arbitraje y el amor a la paz, de generales empresas de utilidad, se deriva un activo panamericanismo, teoría y realidad militante, práctica cruzada y apostolado romántico.

No es, como en el libro de Mr. Stead, un plan de americanización del continente meridional, disfraz de pacíficas infiltraciones. Quienes definen este sistema internacional fijan sus caracteres de libre concurso, de organización fundada en voluntades armoniosas. Creciente aproximación de pueblos, que ni obedecen a la presión de un despótico señor, ni renuncian, al asociarse, a un enérgico particularismo. Si en la historia del último siglo prevaleció con frecuencia la violencia sobre la unión y el avance del pueblo más fuerte se transformó en conquista, al desarrollar su ambición panamericana, los Estados Unidos anuncian que concluye la era de la política injusta y que en la nueva

federación moral es virtud esencial el consentimiento.

La santa Rusia protege maternalmente a todos los eslavos. Alemania impone su ley suprema a poblaciones en que adivina a través de la miseria presente la nobleza esencial; mientras que en el panamericanismo ideal, libre de antiguos apetitos, fraternales repúblicas construyen una asociación económica y moral, formulan aspiraciones de libertad y de paz, que llevarán a continentes envejecidos en guerras de despojo y servidumbre.

Conquista la América colonial su independencia y los Estados Unidos observan la viril insurrección sin abandonar su actitud de discretos y lejanos espectadores. Antes de descubrir la fraternidad que los une a difusos pueblos rebeldes, discuten y esperan. Una lenta simpatía, en que la reflexión impera sobre la generosidad del instinto, dicta a su política prudentes declaraciones. Desde 1811 quiere el parlamento conceder beligerancia a los americanos que combaten contra España. El presidente Mádison declara, en su mensaje de ese año, que las batallas del Sur imponen a la república «inteligente previsión», «tomar un profundo interés en sus destinos (los de indisciplinadas colonias), acariciar recíprocos sentimientos de buena voluntad, mirar el progreso de los acontecimientos y estar preparados para cualquier orden de cosas que pueda finalmente establecerse». En vez de fundar las direcciones de su posible intervención en un americanismo cardinal, se invoca «una amplia filantropía», ilimitado sentimiento de humanidad sin geográficas restricciones. Ni se define siquiera el sistema de gobierno adecuado a los pueblos que luchan: «cualquier orden de cosas» merecerá de la democracia precursora inmediata atención.

En los documentos de la época dominan esa indecisa neutralidad y la consideración del «interés mutuo» que agrupa a los pueblos del continente. Sin prematuro romanticismo, pide el gobierno a sus embajadores que examinen «los vínculos comerciales y de otra clase que existen respectivamente» entre las colonias españolas, «el estado, las características, la inteligencia y riqueza de las varias partes, el número de la población, la extensión y organización de la fuerza militar y los recursos pecuniarios del país». Aparece ya la razón geográfica del futuro panamericanismo: los Estados Unidos, neutrales por nacional vocación, no permanecerán indiferentes en los negocios del Sur, en la discordia de tierras próximas, porque pertenecen «a la misma porción del globo», «son habitantes del mismo hemisferio».

Intervienen pronto favorables voces que transforman la precisa visión utilitaria en lúcido entusiasmo. Desde 1816 se discute en la Cámara el problema sudamericano, y Henry Clay opone a los mediocres consejos de la neutralidad el fervor de magníficas oraciones. Podrá armarse en los puertos buques contra la injusta España que encadena a pueblos fraternales, limita su felicidad y perpetúa su miseria. Después de la solemne declaración de independencia de las provincias unidas del Plata (1816), llegan al Congreso ecos de las victorias de San Martín en Chile. La revolución se afirma, triunfa, se extiende de uno a otro

Océano. El notable tribuno canta entonces la majestad del vasto mundo meridional de ricas minas y ríos tumultuosos, de dieciocho millones de súbditos que rompen trágicamente sus cadenas. Para ellos es el pueblo sajón magistral testimonio de las excelencias de la democracia, nación admirada por los revolucionarios, que le piden instituciones y doctrina política.

La prosa de Jéfferson y de Hámilton sirve de modelo a apasionados doctores de Chuquisaca o Tucumán. Henry Clay reclamaba, no en nombre del interés sino de la justicia, el inmediato reconocimiento de los títulos de estos combatientes que fundaban rudamente, en guerra inexpiable, su libertad. Del caos presente surgen naciones autónomas, que escogerán, sin extranjera presión, su forma política. Precursor de Monroe, afirma el orador que las provincias independientes obedecerán a «las leyes del sistema» del Nuevo Mundo, a su organización peculiar frente a la Europa teocrática.

Una tímida mayoría rechaza la proposición de Clay; pero el gobierno norteamericano, al referirse a las luchas de la América española, las denomina «guerra civil», conflictos de partidos iguales dentro de la nacionalidad. Reconoce así a las colonias una eminente dignidad, que España desdeña. Dirigiéndose al Congreso en la misma forma solemne, en 1819, manifiesta que, «en la guerra civil que existe entre España y las provincias españolas de este hemisferio se ha tenido el mayor cuidado de hacer cumplir las leyes destinadas a mantener una neutralidad imparcial». Los emisarios norteamericanos en Buenos Aires y Chile atribuyen el mismo carácter de conflicto civil a la lucha contra la metrópoli, y, atentos a fijar las bases económicas de la futura unión americana, estudian en los territorios devastados por las batallas, la población, el comercio de exportación e importación, el sistema tributario, la fuerza de la marina mercante y de guerra, la milicia y el ejército regular.

Nuevas victorias en el Sur robustecen la causa de tenaces patriotas; después de Carabobo y de la proclamación de la independencia peruana por San Martín, en Lima, en 1821 se inclina la república sajona ante la majestad de hechos de guerra y el vigor de recientes libertades. Reconoce a los flamantes gobiernos en 1822. En su mensaje recordaba el presidente Monroe que desde 1810 se había libertado Buenos Aires de la presión española y, sucesivamente, Chile en 1818, y Colombia, en 1819, habíase declarado independientes, de tal manera que, «supuesto el estado de guerra y demás circunstancias, no existe ni el más remoto peligro de que puedan ser privadas» de su independencia estas provincias. Ministros de Estados Unidos en el continente meridional afirman la benevolencia del alto poder para con democracias sin pesadas tradiciones, que ensayan el gobierno de sí mismas en un interesante desenfreno revolucionario.

Urge formar agrupaciones que atiendan la brillante dispersión de las repúblicas. En la inquietud de su repentino crecimiento aparece el organizador. Bolívar congrega pueblos libres; entre anárquicos generales no olvida la síntesis de naciones. Vence a España y aspira a detener la temprana división, la indisciplina abundante, la trágica emulación de los caudillos. ¿Ambicionaba el poder «monocrático», la tiranía de Colombia sobre naciones uniformes, o la libre confederación de pueblos iguales que reconocieran el beneficio político de la unión? ¿Quería imponer una unidad exterior en forma de elegante hegemonía o aceptaba, la organización espontánea, la lenta constitución del estado internacional? Fuerte idealista, creyó sin duda en la grandeza de una liga de

pueblos y en la preeminencia natural del espíritu colombiano. Manteniendo contra Santander y contra Páez la prestigiosa asociación de tres democracias afines, el Ecuador, Nueva Granada y Venezuela, preparaba, en limitados dominios, un modelo de federación para la América. A ella se sujetarían, sin grave presión de afuera, las repúblicas que iban formándose sobre las ruinas del poder español.

Para el Libertador, que rechazaba divisiones y límites invariables, eran bases de la próxima unidad, lengua, religión y costumbres semejantes. A pesar de la libertad conquistada, no era completa la «regeneración» ni completo el «edificio político». Sucesivamente se había aniquilado el despotismo, creado independientes democracias, preparados estatutos al margen de las batallas. «El pacto americano, formando de vuestras repúblicas un cuerpo político», se presenta como tercera etapa en las campañas de América. Negación, fundación, congregación; destrucción de un régimen, establecimiento de un orden nuevo, asociación de pueblos, son aspectos complementarios de la gran cruzada.

Bolívar quijotesco sirve a un imperio ideal, el Congreso de las repúblicas, «cuerpo anfictiónico o asamblea de plenipotenciarios» que fije el derecho en un mundo original; organismo superior a las divisiones nacionales destinado a afirmar la unidad entre «pueblos que tienen unas mismas costumbres y unas mismas habitudes, y que, por falta de una institución tan santa, pueden quizá encender las guerras funestas que han desolado otras regiones menos afortunadas». El genio político de este creador de naciones descubre en la tenaz disgregación de pueblos inciertos una suprema razón de flaqueza. Sólo unida podrá la América presentarse «al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas». Será entonces «reina de naciones» y, lo que vale más para el liberalismo invulnerable de estos enemigos de la tiranía goda, «la madre de las repúblicas». Conviene defender contra proyectos de reconquista espiritual a este mundo democrático, donde han caducado los privilegios.

Ofreciendo sus armas a lejanos estados preparaba el guerrero estadista el necesario acercamiento en asambleas «verdaderamente augustas». Desde su isla profética, Jamaica, traza el plan de unidad continental. En Panamá, nueva Corinto, centro geográfico de dos Américas, se reunirían los graves ministros de la futura paz. Dos plenipotenciarios nombrados por cada república a un congreso de amplios poderes formarán el tribunal de arbitraje en las «disputas y diferencias», evitarán «los grandes conflictos con oportunos consejos y darán estabilidad» a «las relaciones íntimas que deben existir entre todos y cada uno» de los pueblos reunidos. Interpretarían oscuros tratados, defenderían al continente de la amenaza española y pacificarían un mundo inclinado a la discordia. Bolívar, que temía haber «arado en el mar» buscaba ya puntos fijos en el peligroso temblar de esas tierras rebeldes.

Los Estados Unidos fueron invitados a la Conferencia y prometieron su apoyo. De Europa llegaron embajadores: Inglaterra y los Países Bajos se asociaron a la asamblea. El panamericanismo inicial no excluía a Europa ni desdeñaba sus auxilios económicos y sus sugerencias morales. De México a Buenos Aires reinaba análogo entusiasmo, más decidido en el Norte, para consagrar, en el congreso inminente, la unión de frágiles naciones. El derecho de gentes de América iba a surgir de sus claros debates, la declaración de la novedad del continente contra las rígidas castas de Europa, sus reyes santos y su majestuosa tiranía. Ministros román-

ticos creían en la próxima constitución de la familia americana, sin fijas divisiones territoriales, armoniosa y generosa.

En el Norte sajón provoca la anunciada asamblea intensos debates. El presidente Adams solicitó del Senado norteamericano, según el procedimiento habitual, la aprobación del nombramiento de los embajadores, Mr. Anderson y Mr. Sergeant, que representarían a la república protectora. Respetuosamente habían de escuchar sus consejos los pueblos infantes y, al resolver esenciales problemas, resistencia a los poderes colonizadores de Europa, abolición del comercio de esclavos, la nación democrática afirmaría su fe en el nuevo sistema político. El Congreso washingtoniano se inquieta y discute: en el liberalismo intemperante del Sur, en el ofrecimiento de amplia libertad a las razas sumisas de Cuba, Puerto Rico y de Haití, descubren algunos «estados seguros» amenaza a sus intereses.

Su feudalismo agrícola necesita de esclavos y será su enemigo todo orden social en que aquellos recibían de apóstoles imprevisores injustos privilegios. Se enfrentan ya, en la gran nación insegura, al Norte liberal y el Sur reaccionario, ideas hostiles que encubren apetitos contradictorios. Se anuncia en la violencia de las discusiones el futuro antagonismo invencible. ¿No ha sugerido Rusia, con la autoridad de un despotismo feliz, que el gobierno de Estados Unidos respete la organización de Cuba y no lleve a la paz de las castas un principio anárquico, la libertad? El Sur imponía su credo, la esclavitud, base doméstica de su progreso; mientras que los partidos de emancipación traían a la excelente agregación de clases cooperantes una inmediata y absurda ruina.

Conciliando hostiles intereses llamó el presidente al Congreso de Panamá «medida especulativa y experimental»; pero los representantes declararon que «los Estados Unidos no formarían alianza alguna ofensiva o defensiva, o negociarían en relación con esa alianza, con ninguna de las repúblicas sudamericanas, ni formarían con ellas parte en una declaración colectiva que tendiera a condenar la intervención de las potencias europeas contra su independencia o su forma de gobierno». Condenaban así la imperiosa declaración de Monroe y volvían a un mediocre aislamiento.

De la América española venía el desconocimiento de viejas tutelas y la discordia petulante; en los Estados Unidos imperaron siempre, contra la innovación democrática, antiguos privilegios. Vigilaban intereses cuando Bolívar y su estado mayor de paladines anunciaban franquicias. Desde 1821, al firmar el gobierno de Washington un tratado de comercio con los representantes de Colombia, había denunciado los «monopolios colonizadores» y las posibles concesiones comerciales «a cualquier nación europea», contrarios a la misma independencia «que han declarado y mantenido» sus brillantes vecinos. Invitado a la más liberal de las conferencias, formuló prontas reservas. Principios de neutralidad marítima, de respeto a los navíos libres que llevan libres mercaderías, intercambio comercial serían establecidos por la gran asamblea deliberante. Pero el Senado washingtoniano temía del fervor de tropicales repúblicas declaraciones intemperantes. Colombia había pedido la extensión del monroísmo al Sur español, la «mancomunidad de esfuerzos» entre democracias independientes que se ligaban para sostener la célebre doctrina. La república septentrional dejó a cada una de las naciones «fraternales» el grave cuidado de defenderse por sus propios medios; pasó fácilmente de la vigilancia al abandono, de las tentativas de útil concierto a un egoísta aislamiento.

(Continuad.)

Fco. GARCÍA CALDERÓN.

MIL DIAS DE GUERRA

Cuando estalló la guerra europea, en medio al estupor universal que no quería convencerse de aquel ruidoso fracaso de la diplomacia y de aquella dislocación de situaciones y principios que parecían, sinó absolutamente sólidos garantizados por lo menos en su trazazón por razones de conveniencia general, se creyó que tan hondo y formidable conflicto no podía ser de larga duración.

Espíritus sagaces, de esos que pasan su vida en el silencio de misteriosos gabinetes apilando números en vagas estadísticas, soltaron, al punto, su opinión. La guerra no podía durar más de seis meses, pues la fuerza económica de las naciones no podría soportar los fabulosos gastos de tan prodigiosa movilización de hombres, de tanto derroche de proyectil y de tanta paralización industrial. Recordamos, como en una bruma—tan lejos están aquellos tiempos en el campo de la conciencia y tan hundidos en el fracaso aquellos conceptos—que entonces se llegó a hacer un cálculo de la duración de la guerra tomando por base el valor de los proyectiles, a razón de no recordamos cuántas libras esterlinas cada obús. ¡Cuán desmentidos han resultado aquellos graves señores de las finanzas! ¡Cuán lejos estuvieron de sospechar que en una sola batalla, en la del Somme, que dura aún, solamente los ejércitos aliados llevan gastados más de mil millones de pesos oro en proyectiles de artillería!

Se decía, también, que los intereses industriales y comerciales se opondrían a una excesiva prolongación de la guerra; que Francia no hallaría recursos para sostenerla por más de un año; que Alemania se arruinaría si duraba más de ese tiempo; que la misma Inglaterra, tan poderosa, no podría, sin quedar exahusta y pobre, excederse de ese plazo en su aventura guerrera. Por último, como argumento decisivo en apoyo de la teoría de que la guerra sería breve se echaba mano del poder destructivo de los armamentos modernos, propios como para aniquilar muchedumbres en pocos minutos.

Todas esas teorías, todas esas divagaciones de los espíritus científicos dedicados a la tarea de hacer cálculos *a priori* sobre la guerra se han venido al suelo. La lucha ya dura mil días, incesante y mortífera como el primero y no se vislumbra aún su término.

Verdad es que esta guerra,—que es de renovación, según consenso universal—ha desbaratado no sólo esos cálculos, sinó que también hondos y viejos prejuicios. Sentimientos que se creían muertos o adormecidos en la psicología de los pueblos, han reverdecido con extraño vigor: el amor al país, el espíritu de raza, la abnegación llevada al límite del más alto sacrificio, el mismo sentimiento religioso, son flores que han abierto entre el lodo sanguinolento de las trincheras como floración espiritual de la más alta virtud. Cualidades humanas que se creían preteritas y exóticas en pueblos habituados al refinamiento de una civilización dulce y muelle, han vuelto a exteriorizarse en la formidable lucha y en un grado tal de excelencia como jamás lo conoció el género humano. Nos referimos al valor, al heroísmo, de que tantos y tan sublimes ejemplos hemos tenido en el transcurso de esta guerra. A ese valor físico y moral, tanto más admirable por cuanto es generalmente anónimo, que despliegan el «poilu», el «boche» o el «tommy», todos los días, a toda hora, en medio a un horror de batalla que haría palidecer de miedo a un héroe de Homero.

**

Los mil días de guerra sorprenden al mundo en una situación por cierto bien distinta a la

que se podría suponer, a esta fecha, al comenzar la contienda. La conflagración se ha extendido, como una endemia, por el mundo. No sólo es Europa que está empeñada en la lucha, con excepción de seis países que mantienen una penosa y obligada neutralidad que equivale, en el hecho, a la guerra. El conflicto se ha extendido a África, a Asia, a América, y difícil será que escapen, del incendio, las naciones que aún no están empeñadas en la lucha. La intervención de los Estados Unidos de Norte América introduce, en el continente americano, un elemento de desequilibrio tal, para el mantenimiento de la paz, que corre riesgo inminente toda América de caer, por gravitación, en el vórtice fatal de la guerra.

No menos expectante es el giro que han tomado, al presente, los acontecimientos bélicos. Ya no son las avasalladoras huestes germánicas del comienzo las que mantienen la iniciativa, las que designan el sitio y la oportunidad de las batallas. Los generales teutones imaginaron, sin duda alguna, una guerra fulminante, rápida como un golpe de maza. Prusia no creyó que fracasaría su estrategia bélica particular, caracterizada por golpes brutales y decisivos: Sadowa, Sedán. No soñó, esta vez, tropezar con una energía tenaz, paciente, templada en grado superlativo como la que halló en sus adversarios de Occidente. Creyendo conocer a fondo la psicología del pueblo francés pensó que hallaría, en sus ejércitos, la loca temeridad de Marcelo, no la sabia prudencia de Fabio. Este error de apreciación es lo que ha traído la derrota alemana; éste error y aquel otro, inexplicable, de la táctica prusiana, que dió lugar a la memorable retirada del Marne.

En la actualidad, el pronóstico de Kitchener, que con serena clarividencia decía que el primer año sería de victorias para Alemania, el segundo de preparación para los aliados y el tercero de reveses para el poder teutónico se está cumpliendo al pie de la letra.

Alemania ha llegado a su máxima expansión militar a fines del año pasado, después de la invasión de Rumania. Desplegó, hasta entonces, toda la energía de que era capaz. Como en los fenómenos de orden físico, después de ese despliegue de fuerza, a la acción está sucediendo la reacción. Un formidable empuje, un huracán de hierro y fuego retrocede sus líneas en Occidente. En Oriente un peligro no menor la amenaza, Rusia, esta vez templada por el fervoroso estímulo de una reacción nacionalista nacida de la conquista de la democracia, que dará a sus tropas ese «elan» entusiasta que faltó a la pujanza pasiva y obediente de las tropas de la autocracia. Sabido es ya que si la ofensiva de Brussiloff, en la Galitzia, que se tradujo en el aniquilamiento de una parte del ejército austro-húngaro y en la toma de 400,000 prisioneros no terminó en una derrota decisiva de Austria, fué porque personajes influyentes de la corte rusa lo impidieron. Un ruso eminente explicó este episodio, en «La Gaceta de Lausana» en los siguientes términos:

«El ejército de Brussiloff tenía, en 1915, vía abierta a los Cárpatos y a Hungría. Los cosacos avanzaban rápidamente sobre un frente vastísimo. Oficiales y soldados descontaban ya las futuras victorias decisivas. Después, de improviso, el avance de Brussiloff fué detenido por orden del presidente del Consejo, Sturmer; la actividad del ejército paralizada por acuerdo del gobierno y por una desorganización creciente de los servicios de transportes. El *sabotage* de la guerra era cada día más manifiesto.

«Esta actitud del gobierno provocó una gran irritación en los oficiales superiores, que se dieron de más en más cuenta de que los intereses del imperio y la causa de los aliados eran

traicionados por los manejos de los reaccionarios germanófilos dueños del poder. Y entonces, gradualmente, se hizo el acuerdo entre la oficialidad rusa y los jefes del partido liberal.»

Refiriéndose al mismo suceso, hace algún tiempo, Lloyd George hizo alusión a aquella traición, diciendo, en sus discursos:

«¡Ay de Alemania el día que ese pueblo (el ruso) despierte y emprenda la gran lucha contra el invasor!»

El despertar de ese pueblo se ha producido y en verdad que las terribles consecuencias no ha escapado a la penetración del gobierno alemán, que busca una paz por separado con él, arrepentida, Alemania, quizá, como decía el mismo Lloyd George, «de haberlo despertado con el ruido de sus armas».

En el frente de Francia la reacción se ha producido ya en una escala inesperada. En poco más de un mes, los alemanes han sido desplazados en un frente de extensión y profundidad considerables. Sus pérdidas, en tres semanas, han ascendido, solamente en prisioneros, a 41.000 soldados, abandonando 400 cañones en el terreno.

La retirada alemana comenzó en el punto en que la presión aliada era máxima: en las orillas del Ancre. Durante una serie de días, los alemanes fueron evacuando posición tras posición, paso a paso, como si no tuvieran todavía bien resuelto el retirarse como lo han hecho después. Así llegaron a las cuestas de Bapaume, con retrocesos que no pasaban de un par de kilómetros.

Entretanto, entre el Avre y el Oise los franceses lanzaban adelante sus destacamentos, protegidos por poderosa artillería. El retroceso alemán era allí, también, bastante lento.

Hasta este punto, los alemanes no tenían ninguna amenaza inminente que les obligase a la retirada. Pero en un brillante ataque los ingleses toman Bapaume, y entonces—como se había previsto en la concepción de la batalla del Somme—los centros vitales del frente alemán estuvieron en peligro, y los alemanes escogieron mejor retirarse sin combatir, a retirarse derrotados, como verosíblemente lo hubieran tenido que hacer de haber empeñado la batalla en tal y tan mala posición.

De lo que han sido y son las etapas de la retirada germánica, subsiguientes a la caída de Bapaume y Peronne, nos ha dado extensa información el telégrafo y los mismos partes oficiales alemanes. El retroceso prosigue ante la formidable acometida franco-inglesa, apurado por una actividad de artillería, por un huracán de hierro y de fuego como no se ha visto jamás, ni siquiera en las memorables jornadas de la acometida alemana en Verdún. Centenares de aldeas han sido reconquistadas, en un empuje irresistible que ha quebrado la fortaleza de las líneas alemanas.

**

Hemos llegado, en fin, a los mil días de guerra. No sabemos cuanto tiempo durará aún. Por lo pronto, pese a las invocaciones que se hacen a la paz, los ejércitos no cesan en la matanza. Y más que declinando, vemos que la batalla se hace de más en más encarnizada; que los métodos de destrucción se complican y se intensifican; que la locura guerrera va envolviendo a nuevas naciones. Es el caso de aceptar, el formidable conflicto, con la serena y resignada filosofía con que se sufren esas terribles enfermedades que alteran el organismo, mortales generalmente, pero de las cuales, si se salva, sale rejuvenecido el cuerpo, sublimizado el ánimo, dignificada la vida, por haber sido tocada por las alas magestuosas de la muerte.

J. R.

Abril 29 de 1917.



Notas de la guerra. — Soldados franceses revisando los pertrechos dejados por los alemanes al ser desalojados de las trincheras del Somme. — Aspecto de la movilización femenina en Inglaterra; mujeres empleadas en el servicio ferroviario como fogoneras, engrasadoras, etc. — Dos soldados ingleses muestran, a un colega francés, el estado en que han quedado las alambradas alemanas en Ovillers, después del bombardeo que destruyó las posiciones alemanas en el Somme.

(Fotografías de The Bureau Press)

A BORDO DE UN DESTROYER INGLÉS

(De una correspondencia)

El empleo de los submarinos ha dado a la actual guerra marítima, un carácter sombrío y singular. Ya no presencia el océano aquellas aparatosas batallas navales en las que las poderosas escuadras se lanzaban una contra otra en formidable coro de andanadas. El cometido de la marina moderna es perseguir, ahora, al escuadrado enemigo, que se esconde en la bruma o en las ondas, acechando un descuido. ¡Y cuán penosa suele ser esa lucha, cuán llena de terribles emociones! Veamos sinó lo que nos cuenta un marino sobre lo que es esa persecución.

Febrero, 1917.

En el elevado y estrecho puente del destroyer cabemos apenas seis personas, el comandante, su segundo, dos hombres que manipulan los telégrafos de las máquinas de babor y estribor, y, finalmente, yo. Nuestro buque fué botado al agua, algunos meses, solamente, antes de estallar la guerra. Pero la evolución ha sido tal, que casi se considera ya como anticuado. Y, sin embargo, representaba un gran adelanto respecto a sus predecesores inmediatos. De excelentes condiciones maríneas, que le permiten hacerse a la mar en toda clase de tiempos, provisto de una artillería de calibre respetable aun hoy, de 280 m/m., dotado de turbinas que dan 700 revoluciones, sin sombra de vibración, recuerda, con su proa fina y muy levantada y su popa casi al ras de las olas, la silueta de un galgo todo pecho y el cuerpo como un huso. Por lo demás, su tarea es la misma; uno y otro son animales de caza graciosos y rápidos.

Allí arriba hace un frío siberiano. El viento Norte, áspero y cargado de nieve, sopla filtrándose por las estrechas rendijas practicadas al nivel de los ojos en el almohadillado destinado a proteger la parte anterior del puente de los cascos de granadas. Todos estamos engualdrapados de pies a cabeza. Por encima de tupidas polainas de lana nos hemos puesto las botas que nos llegan hasta las rodillas. Una camiseta de punto, un chaleco, una especie de gabán que parece tejido con pelo de camello y, finalmente, un impermeable nos protegen el cuerpo. Un gorro de lana de los que cubren boca y nariz, completa nuestro atavío. Parecemos exploradores polares o bien momias.

En alta mar

Todo está listo; el telégrafo óptico con sus obturadores colocados delante del proyector, como una celosía delante de una ventana, suben o bajan interrumpiendo o descubriendo el rayo luminoso, que con su parpadeo nos invita a partir. La salida del puerto es una operación delicada, pues en su estrecha boca se forma una rápida corriente. El comandante, muy joven y siempre alerta, se asoma sobre la barandilla de cuando en cuando y da órdenes breves que un segundo después son repetidas por el timonel, como por un eco. «270 revoluciones» — «270 revoluciones, señor». — «Diez grados al Este». — «Diez grados al Este, señor». — «500 revoluciones» — «500 revoluciones, señor». Mientras que, sobre cubierta, la gente acaba de afirmar sólidamente todo lo que podría ser arrebatado por las olas que, bien pronto, barrearán el buque de un extremo a otro, en el puente todos están listos para la maniobra, concentrada la atención y con un minimum de palabras.

Estamos en alta mar. La blanca muralla de los acantilados que se eleva en la costa ha desaparecido envuelta por la bruma. Bajo el cielo de un gris sucio uniforme se extiende el mar con anchas franjas verdes o amarillas, según

los fondos. Nuestro primer trabajo será hoy el de escoltar hasta la costa francesa los transportes cargados de refuerzos o simplemente de víveres y municiones que, día tras día, desde hace treinta meses, se encaminan hacia aquellas playas. Casi todos son antiguos buques de pasaje, franceses, ingleses o belgas. Algunos tienen forma desusada, como en el convoy presente, un vapor de ruedas, belga, que, antes de la guerra, transportaba turistas desde Inglaterra hasta alguna playa de moda, Ostende o Blankenberghe. Hoy, pintado de negro desde la línea de flotación hasta el extremo de las chimeneas, parece que está de luto; luto que prometen acabar pronto los centenares de uniformes kaki que llenan su cubierta.

Cuatro minas a la deriva

Sobre una plataforma circular y estrecha adosada al puente, donde está montado el proyector eléctrico y el mástil para señales, dos marineros comunican con la costa. Las pequeñas banderas, tan empapadas en agua que parecen pingajos sin color preciso, suben con la driza, se detienen algunos segundos y vuelven a bajar. Hay que esperar nuevas órdenes. Con la mar en aumento, continuamos dando bordadas, en tanto que los balances hacen tomar a nuestra percha inclinaciones inverosímiles. Finalmente, un marinero, chorreando agua, llega con un parte recibido en la estación de T. S. H. «Cuatro minas a la deriva han sido vistas en tal y tal situación. Doble los servios». —

El comandante hace un signo afirmativo y una nueva serie de banderas se iza en nuestro mástil y henos aquí a una velocidad de 30 nudos, evolucionando alrededor de los transportes, más lentos, tan pronto delante de ellos, tan pronto detrás como a sus costados o haciendo proa hacia algún objeto de apariencia insólita, como una plancha o un fondo de barril, portándonos, en resumen, como buen perro de pastor que tiende a librar el rebaño de cualquier aventura.

Hacia las cinco llegamos al redil, terminando así esta parte de nuestra tarea. Viramos, y a toda velocidad nos dirigimos directamente, pues ya no, teníamos que ocuparnos de nadie, hacia la costa inglesa. En un camarote situado sobre cubierta y que contiene por todo mobiliario un diván y una mesa llena de cartas, el comandante me ofrece una taza de té entre dos situaciones del rumbo que hemos de seguir. Toda la operación apenas dura algunos minutos. Los oficiales que mandan estas unidades se imponen la obligación de no bajar nunca a la cámara durante las veinte o treinta horas que duran los reconocimientos. Hay que tener presente que, de cada seis días, navegan tres y que los tres restantes han de estar listos para salir a la mar cinco minutos, a lo más, después de haber recibido la orden.

Estamos otra vez en el puente. Está anocheciendo, el viento es más frío y los elementos más hostiles. Bien pronto la obscuridad será completa. En esta negrura de tinta no se puede distinguir dónde acaba el mar o dónde empieza el cielo y se busca en vano el centelleo dorado de una estrella. El silencio sólo está interrumpido por el ruido de los rotores al azotar la cubierta invisible y por el silbido del viento en el aparejo, en tanto que zumban, pues no llegan a vibrar, las turbinas y los ejes de las hélices.

Esta rápida marcha, en la noche glacial, es decididamente interesante. En el puente, que describe de estribor a babor y de babor a estribor, un movimiento de balancín aturridor, se distinguen apenas las siluetas engualdrapadas. Ninguna luz: la brújula solamente, está iluminada por una bombilla eléctrica que arroja una luz pálida a través de su cristal esmerilado; las indicaciones de los telégrafos de las máqui-

nas se destacan en negro sobre un fondo rojizo. Al cabo de algunas horas aquella tensión llega a ser dolorosa. Parece que huimos, a través de las tinieblas, hacia la eternidad. Vámonos.

Encorbado bajo la tempestad, asido al pasamanos de metal cuyo contacto da la impresión de un hierro candente, resbalando a cada paso sobre la cubierta barrida por las olas, pude al fin, bajar a la cámara de los oficiales. Era espaciosa, pintada de ripolin blanco, iluminada brillantemente y con esta atmósfera indefinible, que huele a pintura y aceite de máquina, peculiar del interior de todos los buques. En un rincón un fonógrafo modula un aire de «La Viuda Alegre» y, por una puerta entreabierta, apercibo un maestro cocinero que en una minúscula cocina maneja cacerolas y latas de conservas con ademanes de prestidigitador; el aire es templado y el ambiente íntimo. Hablamos; pero no de la guerra, sino del último éxito teatral y de la actriz que está más en boga. Cuando quise preguntar a mi vecino, que tomó parte en la batalla de Jutlandia y cuyo buque fué más tarde echado a pique en el Mediterráneo, el relato de su vida cotidiana, me respondió con este arranque: «¿Lo que hacemos en la actualidad?» Pues hacemos lo que el negro de que nos habla un humorista americano; aquel negro que en una cueva muy oscura quería coger un gato negro que no estaba allí...

Una alarma

Interrumpe nuestras conversaciones el sonido imperioso de un timbre. Todos se levantan de un salto y desaparecen por el pasillo que conduce a cubierta. «May be the Hun if we are in luck!». (Quizás sean los Hunos, si es que estamos de suerte), me dice mi vecino que sale también escapado.

En el puente, la obscuridad de costumbre; sólo se nota el effluvio luminoso que parece desprenderse de los aparatos indicadores. Con la cabeza inclinada sobre la carta, el 2º oficial, con el auxilio de una lamparilla eléctrica, trata de determinar nuestra situación exacta. Por una de las aberturas practicadas en el almohadillado me pongo a mirar forzando la vista, sin conseguir ver, a siete u ocho metros delante de mí, los marineros que oigo toman posiciones alrededor de una pieza invisible, pero que sé está allí. Miro siempre en la obscuridad, con tal voluntad de ver, que si la espera se prolongara acabaría por imaginar que pasa algún barco-fantasma.

Al mirar sin ver nada, estoy pensando en los buenos burgueses que leyendo cómodamente sentados en su butaca, el relato de alguna escaramuza nocturna, dicen encogidos de hombros: «Decididamente, esos marinos no son muy fuertes, que digamos». ¿Por qué no vienen ellos a verlo?

De repente, los rayos de un reflector se proyectan en la obscuridad, con una luz tan blanca y dura que parece se puede tocar. Poco a poco voy distinguiendo los servidores de la pieza de grueso calibre de proa, colocados en sus puestos alrededor de la misma; luego, más a popa, los tubos lanza-torpedos y finalmente, lejana ya, la silueta de un buque mercante que, habiéndose apartado de la ruta, es interrogado por uno de nuestros compañeros destroyers, con una bocina.

Este incidente, que se repite con frecuencia, pero no siempre con el mismo resultado, lo relata un diario de abord con la más lacónica de las notas; algo así: «10 h. 50. Se tocó alarma. Todos en sus puestos. Terminó sin combate». Si un encuentro hubiera tenido lugar, algunas líneas más hubieran bastado. La marina inglesa casi es muda, por gusto y por tradición. Pero también por gusto y por tradición cumple con su deber.

JACQUES MARSILLAC.



Notas de la guerra. — Jóvenes reclutas inglesas ejercitándose en el manejo de la artillería naval. — Tropas canadienses de visita en Irlanda donde desembarcan para trasladarse luego a Francia. — En el círculo, el cardenal irlandés Logue, que bendijo las tropas, rodeado por oficiales canadienses.

(Fotografías de The Bourne Press.)



Crónica



En el mundo teatral es común estimar la valía de un actor, de un cantante, de una bailarina o de una cupletista por el sueldo que gana. El público se ha ido contagiando, paulatinamente, con esta falsa norma de juzgar el mérito de los artistas y acude, atraído por las fastuosas reclames de las empresas a oír al tenor más caro que no siempre es el mejor y a ver a la bailarina más cotizada, que tampoco no es siempre la más digna de aplauso. Tanto se ha abusado de este sistema para crear celebridades y tanto se ha pujado en esas cotizaciones, —llamémoslo así— de los artistas de moda, que los sueldos de éstos han llegado a límites fabulosos, que es lo primero que anuncian, antes que el repertorio y con mucho bombo, los empresarios teatrales.

La exageración a que se ha alcanzado, en esto, ha comenzado, empero, a escamar al público, que va sospechando que se trata de una superchería. Y algo de ello ha de haber, sin duda, en el fondo y sinó veamos lo que nos cuenta, a este respecto, el diario «Moving Picture World», de Nueva York, en un número, al comentar un risueño episodio de la reclame cinematográfica en los Estados Unidos.

Hace próximamente un año—dice aquel diario—el mundo entero comentó, estupefacto, el fabuloso sueldo que una casa cinematográfica «yankee» había asignado al popular actor cómico Chaplin («Carlitos») por el limitado trabajo de interpretar cada mes dos únicas películas. El sueldo en cuestión, que alcanza la estupenda cifra de 10.000 pesos oro por semana, más una bonificación de otros 150.000 que le fueron entregados al firmar el contrato, es, sin disputa, el más grande que mortal alguno cobra, a excepción del de varios príncipes, reyes o emperadores.

Fué tal la algarada de los comentaristas sobre este fenómeno de ganancia individual, que hubo quien planteó el asunto (no se sabe si por envidia), como una grave cuestión socialista, alrededor de la cual se armó un clamoreo de peregrinas opiniones.

Este popular movimiento de interés acerca del salario de Chaplin dió por resultado práctico un magnífico reclame para la empresa donde él trabaja, reclamo doblemente eficaz entre estos públicos, que, por razones de su psicología plutófila, el mérito y el valor de las cosas, aumenta en relación con lo que cuestan.

Las demás empresas, percatadas asimismo de este singular espíritu norteamericano, vieron un nuevo sistema de anuncio para sus «films», y buscaron, a cambio de excelentes retribuciones, periodistas hábiles, de imaginación despañada, que desempeñasen la misión de lanzar a la publicidad todo linaje de fábulas y exageraciones dentro de los amplios límites de su completo negocio. En efecto, la gran prensa comenzó a publicar las más bellas y aureas informaciones cinematográficas. El coste de cada película era varios millones; esta palabra se aplicaba para todas las fases que intervenían en la producción fotográfica. Se obligaba a juzgar de la fama de los artistas por los crecidos sueldos que cobraban; de la suntuosidad de los escenarios por los cientos de miles a que subía su coste; del mérito de los argumentos, por las cuantiosas sumas que cobraban sus autores, y así sucesivamente. De tal manera se hablaba de millones,

con tal sencillo derroche se prodigaban, que el Estado, alarmado, creyó prudente intervenir, en virtud de una vigente ley de contribución industrial, con el fin de cobrar el impuesto exacto que a semejantes riquezas correspondía.

Y aquí comienza la tragicomedia de este novísimo y opulento anuncio del arte cinematográfico «yankee». Los interesados niegan a pagar las exigencias gubernamentales, seguros de que la mayor parte de esos millones sólo son propiedad de la fantasía febril de sus bien pagados publicistas, y esto, financieramente, resulta desastroso; mas, por otro lado, temen, y con razón, que el público, que acudía sugestionado por un arte que así tragaba tesoros, les desprecie por pobres y farsantes, en grave menoscabo de su pingüe negocio.

El gran diario neoyorquino «The World» publicaba hace pocos días un razonado y curioso artículo, demostrando orgulosamente que el Dios «yankee» era el oro. He aquí, pues, por dónde el ídolo americano, que tan brillante y decentemente le presentaban al pueblo, patrocinando al más nuevo de los espectáculos, está a punto de derribarlo por falso una inoportuna y vulgar ley de contribución sobre industrias.

Sin duda alguna la guerra es fuente de muchos heroísmos. En ella la fortaleza moral de los hombres suele llegar a sublimes demostraciones. La actual guerra europea es rica en episodios de esta naturaleza, en los cuales brillan las más puras virtudes humanas al lado del mayor horror.

La paz, empero, tiene también sus héroes y quizá más grandes. Veamos sinó el siguiente episodio ocurrido en Valencia y que relata Pedro de Répide en «El Liberal» de Madrid.

Hace poco tiempo acudía a un asilo de caridad de Valencia un hombre cuya indumentaria, porte y modales, hacían distinguirse entre las gentes que a diario acuden a aquella casa en busca del condumio que no pueden ganar por propio esfuerzo.

Aquel hombre que se presentaba con el atavío decoroso de la clase media, obligada a veces hasta a esconder la indigencia bajo un triste pudor, hacía sospechar, sin duda, una tragedia íntima, alguno de esos tremendos derrumbamientos sociales de los que la sociedad no se entera, o no quiere enterarse, la mayor parte de las veces.

Un día, el director de aquel noble instituto, no pudo resistir al deseo de penetrar en el misterio de aquel hombre, no ya por impulso de curiosidad pueril, sino para saber qué desgracia se ocultaba tras de aquella resignación y qué remedio era posible aplicar a tan silenciosa desventura.

Y entonces aquel hombre que escondía como una vergüenza su dolor, y que podía proclamarlo ostentándolo como una ejecutoria, habló, y, brevemente, dijo algo muy grande.

Yo, señor, tengo un hijo. Es la única familia que me queda. Yo estoy empleado en una casa, y todo mi haber se reduce al sueldo de 15 duros que mensualmente gano en ella. A costa de grandes sinsabores y sacrificios he conseguido dar estudios a mi hijo. Ahora ha sido preciso un esfuerzo supremo. Mi hijo ha marchado a Madrid para tomar parte en unas oposiciones, y de salir airoso en ellas, resolverá el problema

de su vida. Y como no tenemos más que lo que yo gano, le envío íntegros los 15 duros de mi sueldo, y como no me queda nada, me he visto en el caso de tener que acudir aquí para no morir de hambre.

Así, de una manera tan sencilla, dijo aquello tan enorme.

No sólo es necesidad la comida, y vióse cómo el infeliz dejaba llegar estoicamente la vida sin cobijo, las noches sin albergue, la renuncia a lo indispensable, y todo mansamente, sin dar valor al sacrificio.

Es tal la fe que los soldados de Francia tienen en la eficacia de su actual empuje que aceptan el horror de esta batalla sin precedentes por lo sangrienta, con tranquilo heroísmo, con el valor sereno y triunfante con que se soportan los grandes dolores cuando se los sabe fecundos. Basta un detalle para evidenciar esta confianza y es un despacho que el general Nivelle ha enviado al mariscal Hindenburg exigiéndole que no destruya las poblaciones que evacúa. Este despacho lo publicó un diario de París, que fué castigado con ocho días de suspensión por haber infringido la censura. No ha sido desmentido y por esto y por aquella pena de suspensión aplicada al diario puede asegurarse su autenticidad. Dice así:

«El general Nivelle, jefe de los ejércitos del Norte y del Nordeste de Francia, al general Hindenburg, jefe de estado mayor del ejército de Alemania.

Al empezar las nuevas operaciones militares para la liberación de Francia y Bélgica, los soldados de la república francesa os invitan a luchar lealmente y con honor.

Si, como es de esperar, las tropas de vuestro alto mando se ven obligadas a evacuar las tierras invadidas, el honor de las armas y el decoro de vuestra bandera os exigen hacerles respetar la vida de los ciudadanos pacíficos e impedirles la destrucción de pueblos y ciudades. Si desistís al cumplimiento de este deber, a cada crimen de vuestras tropas contestarán nuestras escuadrillas aéreas bombardeando sin piedad las ciudades alemanas.

Cuando el Imperio de Alemania se ha creído en posesión de la fuerza, no le ha detenido ningún escrúpulo de humanidad para asegurar su dominio. Ahora que la fuerza está en nuestras manos, los soldados de la república os invitan, para evitar inútiles dolores, a ser por primera vez honrado en la lucha de las armas».

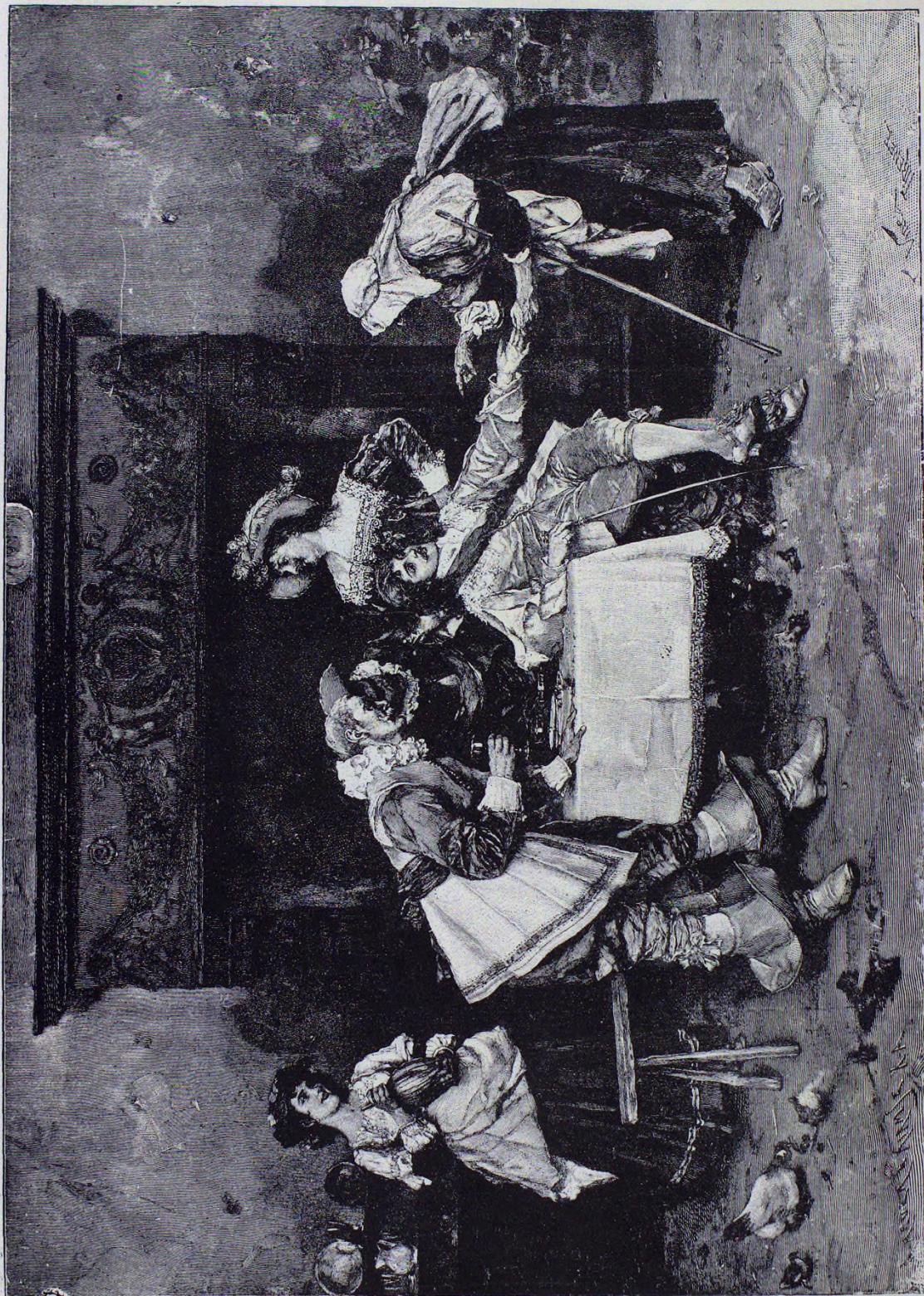
Dos bellas manifestaciones de arte, que pondrán una nota amable dentro del ambiente recargado de preocupaciones materiales que forma la actualidad, serán la exposición de pintura a celebrarse en la ciudad de Rosario y el salón de acuarelistas que se inaugurará en el mes de mayo en nuestra capital.

La exposición a efectuarse en Rosario, en la que participarán conocidos artistas argentinos, es tanto más significativa por cuanto sugiere la expansión que va alcanzando, en el país, el amor por las cosas artísticas, manifestación circumscripita, hasta hace poco tiempo, a la capital federal. Traduce un avance espiritual digno de estímulo y de aplauso; una intención de hacer extensivo el culto de la belleza en el país en sus más puras expresiones.



SEÑORITA AMALIA DRAGO

Arte fotográfico, por J. Stanchino, Buenos Aires



PÁGINAS ARTÍSTICAS. — "LA BUENAVENTURA"

PAGINA LITERARIA

EL CONCEPTO QUE NOS MERECE LA MUJER LITERATA

(Para La Ilustración Sud-Americana)

Confesamos que al escribir las líneas que van a leerse, nos retractamos solemnemente de los elogios que en un tiempo prodigamos a las mujeres literatas; lo confesamos sin sonrojo y hasta con lejitimo orgullo; por fin se ha hecho luz plena en nuestro espíritu. Hoy, a voz en cuello, salmodiamos nuestro «*ma culpa*». Si, era tiempo que cantáramos nuestra palinodia.

J. M. O.

Es una gran desgracia para la Mujer que Ella, que es la suprema e inagotable Poesía de todos los siglos, que ha inspirado y seguirá inspirando elocuentemente a todos los poetas los más hermosos versos ditirámicos, pretendan en mala hora escribir en emulación con los hombres, en vez de enorgullecerse a justo título de seguir inspirándolos. Ay: no nos podemos resignar a la catástrofe de que se conviertan en inspiradas de las nueve Musas, ellas que atesoran las gracias inefables de las Musas mismas. Su gloria debería circunscribirse prudentemente en ser las inspiradoras, pero se les hace cuesta arriba resignarse a ello y pretenden ser por cuenta propia las inspiradas, pasando del papel de ídolo al cargo de sacerdotisas. Quieren, en homérico empeño, ganarse a pluma limpia, conjuntamente con el pan de la existencia el postre de la inmortalidad. ¿A qué este delirio?... A la mujer para ser poetisa le basta con ser mujer. Porque la mujer, como la naturaleza pura, es la poesía misma. Sus mejores poemas los escribe sobre el heroico libro de la Vida, página por página, con la generosa tinta de sus lágrimas, esa «sangre del alma» y con la de su sangre, esas lágrimas de su cuerpo, y son: el amor, la maternidad y el sacrificio. Sus hijos de carne y hueso, he ahí sus más exquisitas obras; sus virtudes caseras, he ahí sus más legítimos laureles; su honestidad, he ahí su reluciente fama; el hogar, templo augusto, he ahí su Parnaso. En su corazón reside la fuente inagotable donde ha de empapar la fuerte pluma para escribir estas glorias celestiales, bajo el dictado de Dios. Oh: que la única lira que sepa pulsar sea la de su corazón y el corazón del prójimo. Que la vigilia que mejor le cuadra no es la del estudio; sino la del insomnio del sacrificio, del desvelo sobre una cuna: sí; que su frente sea espaciosa para la corona de la virtud, no para los lauros de las glorias literarias. ¡Que no le tiende Apolo, sino que la inspire Vesta! Que sea Venus, pero no Clio.

Por nuestra parte, amamos su ternura y su virtud y despreciamos sus talentos literarios.

No admiramos su pluma, sino su corazón; no sus pretendidos dones cerebrales, sino su alma; no las habilidades retóricas, sino sus sentimientos.

Aceptamos que la mujer tenga un corazón más sensible que el corazón del hombre: las páginas que escriba estarán impregnadas, en consecuencia, de mayor ingenuidad y de un subjetivismo más profundo; gozarán esas páginas de más sentimiento, emoción y delicadeza, hagámosle esa justicia a sus autores; pero en este sentido sus libros serán álbumes de psicología

menuda, más curiosos que interesantes, pero jamás tendrán el prestigio de monumentos literarios. Tendrán el alma del *biscuit*, nunca el nervio del mármol...

Por sus aptitudes en las artes, las mujeres se distinguen como actrices, recitadoras, bailarinas y cantantes, pero no como poetisas, pintoras, escultoras ni músicas. En estas manifestaciones artísticas, no pasan, (digámoslo en metáfora ornitológica) de un bello pájaro sin alas. Así, pues: tendrá el canto puro de la alondra, pero su vuelo ¡no!

Intilmente han tratado de defenderlas escritores optimistas, como Severo Catalina: todos los argumentos esgrimidos pecan por ingenuos y capciosos, en grado máximo. Ese es su pecado original. Por ejemplo: el argumento que creen más decisivo esos escritores para defender a la mujer artista igualándola al hombre, es el de recordar la existencia de las poetisas Santa Teresa de Jesús y Sor Juana Inés de la Cruz y de publicistas como Madame Stael, esa original hija de Nécker que a sí misma se daba el inquietante título de genio...

Ahora bien; esos nombres ilustres, gloriosos por cierto, no prueban más que la gloria exclusiva de los que lo llevaron, pero no la gloria del sexo: son las excepciones, que como las monstruosidades de la Naturaleza no alteran en absoluto sus íntimas armonías; ¡pero no constituyen, a Dios gracias, la regla!

Esos defensores «*a outrance*» de pleitos perdidos, como merecen llamarse a los esforzados defensores del «talento» de la Mujer, creen razón valedera y de peso argumentar que si las mujeres no demuestran y ponen en práctica al servicio de las artes y ciencias mayores talentos se debe sencillamente esta desgracia a que la instrucción que se le da es limitada y su educación viciosa. Pero cabe preguntar: ¿Qué tiene que ver la educación y la instrucción con el talento? La instrucción y la educación se *adquieren*, se adquieren con tiempo, contracción y método; pero el talento y el genio ¡no! Se aprende a escribir, pero no se *«aprende»* a CREAR: y el artista intelectual es un creador, el creador por excelencia. Por otra parte, al referirnos al talento, queda sobreentendido que sólo hablamos del talento intelectual, no del talento de la coquetería en las batallas del amor ni los talentos que se le relacionen. Eso pertenece, en buena hora, a las habilidades propias del sexo, para emprender la grave conquista del hombre: nada tiene que ver con los méritos intelectuales del que crea la Belleza como poeta, pintor, escultor, músico y arquitecto, encadenándola respectivamente al papel, al cuadro, al mármol, al pentagrama y a la piedra, con las armas de la pluma, el pincel, el cincel, y la plumada: todas estas manifestaciones del Arte, la mujer las practica concienzudamente; esfuézanse en ellas, pero no sobresalen en ninguna. En fin, regla sin excepción: cuando la mujer debe poner en juego el vigor del cerebro ¡adiós talento! Este es un Caribdis y un Scila en el que zozobra siempre la barca de sus intenciones.

Repetimos: como artista, como cultora de las artes, todo el talento de la mujer se circunscribe a la voz, los dedos, los gestos y los pies; es decir como cantante, ejecutante musical, recitadora y bailarina.

En cuanto al decantado poder de la mujer,

no reside éste como razón de talento, sino como razón sexual.

En esto sí que las mujeres son poderosas. Cuando templan esta lira, si que son inspiradas. Muy lejos de nosotros la mezquina pretensión de negarle los laureles que se merece.

Un detalle que hemos observado y que remitimos a la atención del lector a título de curiosidad, más que con pretensión de asentar un axioma, es el que sigue: Todas las mujeres que se dedican a escribir versos, sin excluir a las que escriben en prosa, son poco agraciadas por la Musa de la Naturaleza. Pero no sólo no son bellas sino que no son graciosas, elegantes ni buenas. Es decir que son artistas, pero no mujeres, en el sentido poético de la palabra. Por el contrario son antipáticas e insufribles. Adoptan aires de genios, que les sientan perfectamente mal; hacen remilgos y extravagancias de todo género que les sientan peor, ganándose al par que el renombre la antipatía del sexo fuerte y hasta del sexo a que pertenecen. Quieren hacerse las raras y no son más que ridículas. Nos parece que se han dedicado al oficio de escribir de despecho y no por vocación. Quieren hacerse admirar por las obras ya que no les es posible hacerse admirar por sus dones físicos. Sólo que no llegan a conseguir ninguna de estas dos glorias.

Protestamos vehementemente contra la especie absurda de esta plaga abrumadora, que no hace más que aumentar día a día, infestando el Arte y acabando con la mujer.

Dejemos el cultivo del espíritu para los hombres y el cultivo del corazón para las mujeres: les rogamos en nombre del Cielo que no se introduzcan en nuestro predio. Que cultiven su lirio y dejen en paz nuestros panales.

Que cultiven su alma, pero no las letras. Que en cuestión de letras que se conformen con estudiar caligrafía.

Si se ocupan en lo que les concierne, ya tendrán para rato. Que dejen tranquilos a los editores, a los periodistas, a los críticos y al público. Detestamos a estas mujeres literatas como despreciamos a las mujeres hombrunas.

No es menos detestable una especie que otra. Las primeras que lo son por el espíritu y las últimas por el cuerpo.

Las mujeres son sencillas e imaginativas, no geniales, porque «no pueden salir de sí mismas». Su mediocridad les sirve de piel. Sus obras son frutos raquíticos que acusan perennemente la débil rama donde florecieron y maduraron.

Es cierto que el alma no tiene sexo, pero el talento ¡sí! El talento es un privilegio de la virilidad.

Por eso permitámonos las mujeres literatas, que les recordemos las palabras de Alfonso Karr: que «las mujeres que se dedican a escritores, aumentan el número de los libros y disminuyen el de las mujeres».

Las mujeres alcanzan a las cumbres de la sublimidad en los torneos inmortales del sacrificio y del Amor: su corazón es un manantial pródigo de heroísmo, de ternura y hasta de desinterés. Pero su cerebro es un cauce seco.

Que suplan la pluma por la aguja, el tintero por la mesa de la cocina, ésta, el bastidor y la confección de trajes, por el escritorio, el

secante por el pañuelo para enjugar sus lágrimas, los libros por los hijos, y entonces estarán en su medio y serán dignas de la incondicional admiración del mundo. Confesamos que tan mal les sienta el cetro del gobierno, como el birrete de juriconsulto. Que sean reinas, pero reinas por la belleza, la juventud, la gracia, la elegancia, la bondad, la naturalidad y la virtud. Que sean FEMENINAS, en una palabra, he ahí su gloria inmarcesible. Que en cuestiones de posteridad se ocupe preferentemente de la posteridad de los hijos, dejando a un lado la posteridad de sus nombres, de la inmortalidad, de la fama. Que su frente delicada no se aurolee sino con el divino halo de la santidad doméstica, no con el casco guerrero ni las hojas de laurel; y que con respecto al laurel, sólo sepan aderezarlo delicadamente en los estofados, es decir en las profundidades de las cazuelas y entonces no dudamos que serán grandes y dignas de respeto. Sus manos no dejarán de ser cantadas con menos fervor por eso.

Y por último, que en cuestiones de erudición ya sobra que sean eruditas por instinto: la erudición del Amor es la única que no conduce a la necia pedantería. En compensación ajusta a las sienes de sus sacerdotisas y de sus mártires una corona luminosa y perdurable.

JAIME M. OLMBRADA.

Abril 29 de 1917.

Una carta de Bolívar escrita a los 17 años de edad

El 19 de enero de 1799 se embarcó Bolívar en el puerto de La Guaira, abordó del navío español «San Ildefonso», enviado por sus tutores a España a continuar sus estudios, pues en aquella época era lamentable la educación en la Colonia.

De La Guaira siguió el vapor a Veracruz, a donde llegó el 2 de febrero y se demoró, a causa de estar bloqueada entonces La Habana. Bolívar aprovechó la oportunidad de conocer México y estuvo en Jalapa y Puebla. Vivió en casa de la marquesa de Uluapa.

El día de salida del «San Ildefonso» para la Habana, escribió la siguiente carta a su tío, la que copiamos respetando la ortografía del original:

«Vera Cruz, 20 de marzo de 1799.

«Señor don Pedro Palacio y Sojo

Estimado tío mío: mi llegada a este puerto ha sido felicemente, gracias a Dios: pero nos hemos detenido aquí con el motivo de haber estado bloqueado la Abana, y ser preciso el pasar por allí; de cinco Nabios y onse Fragatas Inglesas. Despues de haber gastado catorce dias en la nabegacion entramos en dicho puerto el dia dos de Febrero con toda felicidad. Hoy me han susedido tre cosas que me an complasido mucho: la primera es el aber sabido que salia un barco para Maracaibo y que por este conducto podia escribir a Usted mi situasion y partisiparle mi biage que ise a Mexico en la inteligencia que usted con el Obispo lo habian tratado, pues me alle aquí, una carta para su sobrino el oidor de allí recomendandome a el, siempre que hubiese alguna detencion, lo cual lo acredita esa que le entregara usted al obispo que le manda su sobrino el oidor que fue donde bibi los ocho dias que estube en dicha ciudad. Don Pedro Miguel de Hecheberria costeo el viage que fueron cuatrocientos pesos poco mas o meno de lo cual determinara usted, si se los paga aquí ó alla á Don Juan Esteban de Hechesuria que es compañero de este Sr. á quien bine recomendado por Hechesuria y siendo el conducto del Obispo. Hoy a la onse de la mañana llegue de México y nos bamos a la tarde para España y pienso que tocaremos en la Aba-

na porque ya se quitó el bloqueo que estaba en ese puerto y por esta razon asido el tiempo muy corto para haserme muy largo. Usted no extrañe la mala letra pues ya lo hago medianamente pues estoy fatigado del mobimiento del coche en que hacabo de llegar y por ser muy a la ligera pues ya me voy a embarcar la he puesto muy mala y me ocurren todas las espesies de un golpe. Espresiones a mis ermanos y en particular á Juan Visente que ya lo estoi esperando, á mi amigo Don Manuel de Matos y en fin á todos á quien yo estimo.

Su mas atento serbidor y su yjo

SIMON BOLIVAR.»

Yo me des sembarque en la casa de Don José Donato de Austrea el mario de la Basterra quien me mando recado en cuanto llegue aquí me fuese a su casa y con mucha instancia y me daba por razón que no havia fonda en este puerto».

ACOTACIONES

Se ha observado con mucha frecuencia el peligro que los grandes adelantos de la literatura y de la ciencia constituyen para los escritores que abordan ciertas cuestiones sin poseer la necesaria preparación. En las mismas ciencias aplicadas resulta, según Novicow, que un hombre emplea largos años de su vida en hacer un descubrimiento que ya ha sido hecho por otro de mucho tiempo atrás. Del mismo modo se ven todos los días a individuos de cultura fragmentaria exponiendo como nuevas, teorías no sólo discutidas sino desechadas por la ciencia, o que han pasado ya a representar un papel secundario en la explicación de ciertos fenómenos.

Nada es más verdadero como que la ilustración del hombre comienza cuando puede darse cuenta de todo lo que ignora; cuando se halla en capacidad de comprender que nada en materia científica es absoluto y que las grandes verdades de hoy pueden ser las grandes mentiras de mañana. En este sentido pudiera afirmarse que el escepticismo, la duda, son una señal de cultura, o por lo menos, una manifestación de sabia prudencia.

Entre un hecho cualquiera y su explicación científica, existe una diferencia que no saben apreciar generalmente aquellos que no se han dado cuenta todavía del movimiento incesante de la ciencia. Aquellos que carecen de preparación, aplican a los hechos la primera teoría encontrada en el primer libro que les viene a las manos. Y nada es más peligroso, sobre todo en la sociología, que aún está muy lejos de ser una ciencia, porque hasta hoy no han podido establecerse reglas fijas respecto al origen y a la evolución de las sociedades humanas.

La raza, la herencia, el medio, la lucha por la existencia, la selección natural, la trasmisibilidad de los caracteres adquiridos, el biológico social, el economista histórico y tantas otras teorías que se disputan el dominio de la sociología tiende a explicar hechos que aparecieron con las primeras manifestaciones de la vida social y que existirán mientras la evolución de nuestro planeta permita a la humanidad vivir sobre su corteza.

La aplicación semi-inconsciente de cualquier teoría al desarrollo de una sociedad determinada, tiene la ventaja de ser sumamente cómoda, porque evita el trabajo de la observación personal. Es más o menos lo que sucedía con las leyes generales y abstractas del racionalismo. Pero como cada pueblo o cada grupo social tiene su organismo determinado, posee caracteres somáticos peculiares, habita un medio geográfico distinto y ha estado sometido a vicisitudes

históricas especiales, es completamente arbitrario que los enchapados de cultura científica pretendan someter a leyes generales y abstractas, o a una teoría determinada el estudio de la evolución política y social de un pueblo.

Cada nación o cada grupo social tiene su Sociología. Y así como no existe una sociología europea, no puede existir tampoco una sociología hispano-americana. Hay reglas generales, es verdad, para el estudio del hombre: leyes fisiológicas, leyes psicológicas, leyes antropológicas, etc., pero las modalidades, las diferencias, son las que han ido dando lugar a la ramificación de las ciencias, a las especializaciones. La ciencia positiva nos brinda el método: la aplicación experimental le toca al estudioso. El microscopio es un instrumento maravilloso, imprescindible para estudiar los gérmenes morbosos, pero el instrumento, por sí solo, nada vale si no existe el bacteriólogo, que estudie en su propio medio, descubra y cultive las bacterias que producen las endemias.

Así sucede también con las leyes sociológicas y con las diversas doctrinas de los sociólogos. Su aplicación empírica conduce a conclusiones tan falsas que no es raro el caso en nuestra América de que hombres representativos de la más completa *panmixia* proclamen desde la tribuna de las academias y en periódicos, libros y revistas, las doctrinas del conde de Gobineau sobre la desigualdad de las razas humanas; acepten con Le Bon el estigma degenerativo de los pueblos mestizos; preconicen las conclusiones de Vacher de la Pouje sobre la regresión de las sociedades mezcladas, y profesen dogmáticamente la doctrina aristocrática de la herencia psicológica para explicar la génesis de los grandes hombres... sin detenerse a pensar que son precisamente estos pueblos aluvionales, profundamente democratizados y mezclados de Hispano-América, los que representan ante la ciencia el más solemne mentís a esas afirmaciones, consideradas como el último refugio de las preocupaciones nobiliarias en las viejas sociedades.

La madre Naturaleza usa frecuentemente de estas burlas con quienes no se detienen a estudiarla.

L. V. L.

GUERRERA

El sol se levantaba sobre los montes. Había un prado que parecía de esmeralda y un bosque negro, con las ramas sin hojas, inmóviles, destacándose sobre el oro de la luz, como dibujadas con tinta china. El carro rodaba por la carretera, lento y bamboleante. Sólo conducía a las mujeres, pues el soldado enfermo también se había quedado con la partida.

La madre Isabel miraba los campos... Y suspiraba pensando en la guerra. Recordaba el ardimiento de aquellos aldeanos que acechaban el paso de las tropas. Era un pueblo de cruzados que luchaba por la fe. Y, sin embargo, cuando iban a morir y a dar la muerte no entraban en sí mismos, no sentían el alma toda en temblor ante el misterio de la eterna justicia. ¿Era así la guerra? ¿Un olvido de vida y del fin! ¿Un resplandor que calcina todos los pensamientos! ¿Un resoplar y un golpear de fragua que enrojece las almas y las bate como el hierro! De aquellos aldeanos ocultos en los breñales, y prontos a caer sobre el camino, nadie podría decir cuáles eran los que llevaban consigo la muerte. Estaba ya con ellos y ninguno la sentía.

Lloraba contrita... Muy a lo lejos brillaban los fusiles de la tropa. Flameaban las banderas y se veía descollar a los jinetes dominando las filas de roses.

RAMÓN DEL VALLE-INCÁN.



ARTE TEATRAL



La temporada lírica.—Pocas veces habrá tenido un empresario teatral que luchar con más dificultades y que resolver más inconvenientes que el popular Faustino da Rosa para formar definitivamente la compañía lírica que actuará este año en el Colón.

Después de activas gestiones había logrado completar un notabilísimo elenco, con tenores como Caruso, Muratore, Schipa; sopranos como la Barrientos, Vallin Prado, Gilda della Rizza, Gabriela Besanzoni, Fidelia Campiña, etc., elenco que, al ser adelantado, desmontó, desde luego, el éxito de la temporada. Empero, al llegar la hora del embarque, muchos de los artistas contratados se dieron a pensar en la posibilidad de un desagradable encuentro, en alta mar, con algún submarino, con los consiguientes resultados de una forzada peregrinación por el océano, en frágiles botes, al azar de la suerte y el espíritu de conservación ha podido más en ellos que el incentivo de una excelente contrata. Con pretextos más o menos valederos, muchos de los artistas contratados se han vuelto atrás, desertando el compromiso. Muratore, que debía embarcarse en Nueva York, se enferma de imprevisto de apendicitis y se empeña en operarse cuanto antes; la señora Besanzoni se hace internar en un manicomio, en Milán; el tenor Schipa, a quien no le ocurrió enfermarse, rehuye, francamente, el compromiso, prefiriendo quedar en tierra firme, en Barcelona. Lo mismo, más o menos, ocurre con la señora Gentile, que rescinde el contrato, con Fidelia Campiña y con Ferrari Fontana que prefieren hacerse operar las cuerdas vocales que atravesar el océano. En verdad, tanta deserción y en tales circunstancias, quitan un tanto de prestigio a tan sonados artistas. Tantas veces el público los ha aplaudido en papeles heroicos de ópera y admirado su gallardía en su caracterización de fieros guerreros que no sin desilusión se enteró que su héroe de ópera retrocede ante un hipotético submarino.

Ante tal desbande, otro empresario con menos energía que da Rosa se hubiera desalentado. No sucedió así, en este caso, pues a medida que se producían las deserciones da Rosa fué buscándolos reemplazantes, con tal acierto que el elenco, ya definitivo, pues casi todos los artistas que lo forman están próximos a llegar, no cede en nada al que se anunció primeramente y tiene más abundantes elementos.

Muratore ha sido reemplazado por el tenor francés Fernand Francell, que ya conoce nuestro público por haberlo aplaudido en 1912, formando parte de la compañía Carré, en la Ópera. Schipa, se le suple, y con ventaja, por el tenor norteamericano Carlos Hackett, que es una joven y prestigiosa personalidad en el arte lírico. Las sopranos que rehusaron venir fueron reemplazadas por artistas de reconocida fama, como Carmen Melis, Teresina Burchi, Nera Marmora, Emma Barranti, Ida Canasi y otras, con lo cual, no sólo se cubren las bajas sino que queda ventajosamente completado el cuadro de sopranos. Finalmente, el tenor Catullo Maestri reemplaza a Ferrari Fontana, que ha preferido no abandonar Nueva York.

La mayor parte de los elementos que constituyen la compañía de ópera llegará, en la primera quincena de mayo a Buenos Aires. En el vapor «Regina de Italia», que salió de Génova el 5 de abril, vienen los coros, la orquesta y el cuerpo de baile. En el «León XIII», que salió poco después de aquella fecha, de Barcelona, llegarán, acompañando a Walter Mocchi, el maestro Marinuzzi, las señoras Vallin Prado, Gilda della Rizza, Carmen Melis, Fanny Anitua; los tenores Hackett, Lafuente, Nesi y otros. Caruso ha anunciado, desde Nueva York, que se embarcará en breve para nuestro puerto y que en el mismo vapor lo hará también la Barrientos. Los otros artistas se hallan también en viaje o en vísperas de embarcarse.

Después de tan accidentada elaboración se ha logrado, pues, formar un elenco excelente. Hay que agregar que se contará con maestros de la talla de Paoloantonio y Geeraert que colaborarán con Marinuzzi en la dirección orquestal para completar la impresión de lo que será, como expresión artística, la temporada lírica de este año.

* *

Ópera.—Un halagüeño augurio precedió el «debut» de la compañía española Simó-Raso en el teatro de la Ópera. Cabe decir que no fué una versión antojadiza sino una justa prevención. En las diversas representaciones que ya lleva dadas, la compañía ha cimentado su buena fama y durante ellas han podido destacarse, como actores de primera fila, muchos de los que la componen. Simó-Raso, en particular, es un actor excelente, que interpreta con felicidad y verismo los más variados papeles. En las piezas cómicas, que son la especialidad de la compañía, su labor se destaca por su espiritualidad sobria y acertada no careciendo tampoco de facultades emotivas en las obras serias. El resto de la compañía completa, eficazmente, la labor del señor Simó-Raso, distinguiéndose la señora Toscana, la señorita Delgado Caro, Marchante, Molinero, Solá, Catalá y otros.

Dada la buena acogida que ha tenido esta compañía entre nuestro público, puede asegurarse que su actuación será larga y auspiciosa.

* *

En los primeros días de septiembre debutará, en el teatro Odeón, la compañía dramática francesa Brulé-Badet. Esta compañía hará una breve temporada en el Brasil antes de iniciar sus representaciones en nuestra capital. Debutará en el teatro municipal de Río Janeiro en la primera quincena de junio donde continuará actuando hasta fines de agosto.

La compañía está formada por los siguientes artistas:

André Brulé; Mlle. Sabine Landray, del teatro de la Renaissance; Mlle. Regina Badet; Gastón Severin, de l'Odeón; Mlle. Andrée Foranne, del Vaudeville; Georges Cahuzac, del Athénée; Mlle. Therese Cernay, del Variétés; Lucien Brulé, del Vaudeville; Mlle. Jané Calvé, de la Porte St. Martin; Mlle. Marthe Iriex, del Athénée; Ray Marot, del Athénée; Louis Sance, de la Renaissance; León Malavié, del Antoine; Mlle. Marthe Fabry, de l'Odeón; Mme. Alcime Lablanc, del Ambigu; Roger Debrenne, de la Porte St. Martin; Dolly Ferly, del Ré-

jane; Henry Trévoux, del Athénée; Raoul Forio, del Athénée; Mme. Luise Ferry; Pierre, Mme. Suzanne Duriux; Paul Rivat; Charles Penteñay y Jules Sart.

* *

Coliseo.—Desde hace algún tiempo actúa en este teatro la compañía de opereta Caramba-Sconamiglio. En las representaciones de «La señorita del cinematógrafo» y «La Duquesa del Bal Tabarín», las dos operetas que más sonado éxito han tenido y las que por más tiempo han figurado en el cartel, el público aplaudió la labor de los artistas, especialmente a la señorita Sciallag, que se ha ganado muchas simpatías en ésta y en la anterior temporada.

La representación de esas obras y de otras cuidadosamente escogidas y ensayadas ha atraído mucha concurrencia al Coliseo, que es, actualmente, nuestro teatro de moda.

* *

Hippodrome.—En el local que ocupara hasta hace poco tiempo el espectáculo «La batalla de Salta», (Carlos Pellegrini esquina Corrientes), acaba de instalarse el circo Hippodrome, para exhibiciones ecuestres y variedades. El local, amplio, bien ventilado y cómodo, ha sido transformado en forma de instalar una sala lujosa y confortable. Con ello tiene, nuestra capital, un verdadero teatro circo, donde puedan trabajar compañías de ese género que tiene tantos partidarios entre nuestro público, especialmente en el mundo infantil. Las salas del Coliseo y del San Martín, con sus plateas susceptibles de ser convertidas en pistas, procuraban, cierto es, escenario para los espectáculos de picadero, pero, con todo, ambos teatros no llenaban ese verdadero fin.

El Hippodrome vendrá a ser, así, el circo por excelencia de nuestra capital y si se agrega a eso la circunstancia de que en él trabajará la compañía del popular Frank Brown, ídolo de nuestros niños y de muchos que ya no lo son, pero que lo han aplaudido calurosamente hace ya su tiempo, cabe asegurar que será una de las salas de espectáculo más concurridas. Los espectáculos que allí se darán son para familias. Habrá función todas las noches y matines los jueves, sábados y domingos.

* *

Variedades.—El teatro Casino, que en un tiempo fué un agradable centro de atracción para un público especial y hasta llegó a atraer la afluencia de familias en sus «matines» ha caído en una evidente decadencia. Su cuadro de artistas ya no difiere mucho de los que se lucen en los teatrillos de variedades de ínfima categoría y sus empresarios tanto se dan cuenta de este derrumbe que no difiere mucho en presentar al público, con el fin de atraerlo, números excesivamente pícaros. Como en los malos restaurantes, en el Casino se trata de disimular la mala calidad del «menú» con el exceso de condimentos, pero el público ha advertido pronto el engaño y la mejor prueba de esto es que ha desertado, casi en masa, de aquella sala.

LIBROS NUEVOS Y VIEJOS

RESEÑA Y CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

"LOS ATORMENTADOS"

Por Luis María Jordán

El autor de la novela que acaba de aparecer con el título de «Los Atormentados» dice en las dos palabras que le sirven de introducción:

«Este libro fué escrito hace varios años; vale decir, se siguieron en él orientaciones espirituales diversas y acaso contrarias a las que ahora están en auge. Entonces, sobre todo aquí, hacia esta parte de la América latina, nos deleitábamos casi exclusivamente con la literatura francesa, que parecía un poco en decadencia, a pesar del esfuerzo de media docena de escritores de mérito. Cundió así el libro «preciosista», la literatura bizantina, más para distracción de los sentidos que para levantamiento espiritual. Como muchos de los hombres jóvenes que escribían en aquella época, pagué tributo al gusto del momento y junté en las páginas que van a leerse, teorías y pensamientos efímeros, tratando siempre de expresarlos en la forma más noble que me fuera posible alcanzar.»

Valga la explicación para justificar el libro que, en verdad, viene rezagado en una literatura que desaparece ya, para dejar paso a más vigorosos florecimientos. Esa cruda disección—que toca casi a la fisiología—de temperamentos anormales, tendencia literaria cuya fuente de inspiración viene de aquel turbador espíritu, mitad soldado, mitad literato, que se aburría en su guarnición de Tarento en tiempos de Napoleón, Choderlos de Laclos, en fin, el autor de «Liaisons dangeureuses», ha pesado demasiado en el espíritu de un par de generaciones, confundida con el realismo, del cual es una aberración, para que pueda subsistir en el resurgimiento espiritual que se está operando en nuestros días.

Desde luego; atacamos, solamente, el contenido de la novela de Jordán. No el continente, que es de bello estilo, y que nos demuestra que el poeta de «La Copa de oro» no pierde nada en la armoniosa construcción del lenguaje, al dejar el verso por la prosa. Es un estilo claro, sereno y rico en expresión el de Jordán, y es ese atractivo lo que nos ha hecho leer «Los Atormentados» con deleite, el mismo que sentían, tal vez, los barqueros, al pasar por Loreley y escuchar el canto de las lánguidas sirenas, que escondían bajo sus escamas de oro un alma deliciosamente perversa.

LA MUSA TRISTE

Por Julio Díaz Usandivaras

No hace mucho tiempo al ocuparnos de un libro de versos de Julio Díaz Usandivaras, «Por el camino», exteriorizamos sinceramente nuestra opinión juzgándolo como uno de nuestros buenos poetas jóvenes. El juicio, luego de leer su nuevo libro, «La Musa triste», no sólo se ratifica sino que se afirma.

«La Musa triste» es un bello libro, de lo mejor que ha aparecido en estos últimos tiempos. Las poesías que lo forman, suaves flores de un rico jardín espiritual, impregnadas de ligera melancolía, bastan para fundar el sólido

prestigio que tiene Usandivaras en el mundo de nuestras letras.

Son versos sin preciosismos, sin afectación, ajenos a toda técnica rebuscada. No es éste uno de los méritos menores del poeta que nos ocupa, pues que de ello deriva esa espontaneidad que hace tan fluidos y tan hondos los sonetos de «María Juana», bello poema incluido en el libro que acaba de aparecer.

Después de gustar la emoción que emana de la lectura de «la casa vieja», «junto al banco de piedra», «cuando se fué», «flor lejana», para no citar sino algunos de los poemas que contiene el libro de Usandivaras, no es el caso ya de expresar banales expresiones de estímulo sino de felicitar, muy sinceramente, al autor.

EL LIBRO DE JOB

ESTUDIO FILOSÓFICO

Tan desconocido como el nombre de quien la escribió es el tiempo en que fué escrita esta obra, que algunos consideran como el más antiguo de los Libros Santos. En la Biblia va colocado el «Libro de Job» antes que los «Salmos» y después que el «Libro de Esther», suponiendo, por tanto, su antigüedad anterior al reinado de David y posterior al reinado de Asuero. Hay, sin embargo, opiniones dando que la obra en cuestión alcanza sólo la época de los últimos reyes de Judá.

De todos modos, el «Libro de Job» remonta los días en que Homero hizo sus poemas, Hesíodo sus narraciones y sus tragedias Esquilo. ¡Y parece que el «Libro de Job» ha sido hecho ayer por la tarde!

Si, hermanos en el renunciamento y en la sumisión que integran el dogma del cristianismo; la filosofía de esta obra vejisima es la misma filosofía que hoy acatamos. La filosofía judaica, transformada en filosofía cristiana al nacer, de la hija de Joaquín y de Ana, el hijo de Dios, y conservada pura, sin mezcla ni merma, hasta este mismo momento en que yo me dirijo a vosotros porque el Señor quiere, y para su servicio. La propia y auténtica filosofía.

Cuenta la obra famosa que hubo un varón en la tierra de Hus, llamado Job, y que era este hombre perfecto y recto, y temeroso de Dios, y apartado del mal. Job tenía considerable hacienda y buenos apoyos para conservarla. Siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientos pollinos constituían la fortuna del más rico de los patriarcas, cuyo hogar formaban siete hijos y tres hijas. Por haberle dado tantas hijas, tantos hijos, tantos pollinos, tantos bueyes, tantos camellos y tantas ovejas, Job bendecía diariamente al Señor.

Jehová hablaba un día con Satán de sus cosas. «¿No has considerado—preguntó Dios al diablo—a mi siervo Job, tan amante de mí como no hay otro en la tierra?» «Podía no amarte—repuso el diablo a Dios—después de lo que has hecho por él. ¡No te ama de balde!

Ofendido Jehová pidió explicaciones, y Satán las dió tan amplias como fueron menester. «Has concedido pródigo fruto al trabajo de Job y por eso te bendice. Quitale lo que tiene y verás sino te blasfema en el rostro». Jehová

quiso verlo. Y Satán se encargó de que lo viese.

Los sabeos por un lado y los caldeos por otro se lanzaron un día sobre la casa de Job y se llevaron hasta los clavos. En seguida sopló un viento del desierto y hundió los muros y el techo, enterrando entre los cascotes a los siete hijos y a las tres hijas del patriarca. Este no pecó. ¿Qué había de pecar?... puso las rodillas en tierra, alzó los brazos dijo: Jehová dió y Jehová quitó. Sea el nombre de Jehová bendito». Ni más ni menos.

Dios y el diablo estaban juntos cuando esto ocurrió, y el uno se puso muy contento y el otro comenzó a tirar derrotes de rabia. Al fin, Satán, que es muy cabezota, insistió en el tema. Job no había sufrido bastante. Acaso tocándole en la carne y en el hueso se doliese al castigo. Accedió Jehová a la prueba. Y entregó a Job en manos del diablo.

Satán acometió al justo con una sarna maligna, que se le extendió «desde la planta de los pies hasta la mollera de su cabeza». Fuese Job a un muladar, tomó un pedazo de teja, y con ella se puso a arrancarse los gusanos que le nacían en las llagas. No exhaló un gemido ni profirió un grito. Su mujer le admiró, sin comprenderle. Y él dijo que como se recibe el bien de Dios debe recibirse el mal.

Tres amigos del paciente, Eliphaz Temanita, Bildad Suhita y Sophar Naamathita, fueron a visitarle. Ante él se sentaron en silencio y en silencio permanecieron siete días y siete noches. Al fin hablaron.

En los discursos con que cada uno de los amigos de Job trató de consolar al doliente desfilan todos los pecados del hombre y todos los castigos que, según la sabiduría hebrea, deben corresponder. Es una exposición de las creencias antiguas hecha para presentar luego enfrente la nueva creencia. Job fué contestando sucesivamente a Eliphaz, a Bildad y a Sophar.

No comprendía la causa de su castigo. No había cometido ninguna de las faltas que merecen castigarse. ¿Por qué sufría entonces?...

De las conversaciones sostenidas por Job con sus consoladores no salió blasfemia alguna. No se rebeló el justo contra Dios, pero quiso saber. Llegó a creer que su dolor correspondía a algún crimen; pero trató de investigar cuál podía ser la falta que Dios castigaba. ¿Saber? ¡No! El hombre no debe saber.

Jehová apareció y habló a Job «desde un torbellino». La voz de Dios sentenció. Y esa sentencia fué la sentencia eterna. Dijo el divino al humano que le respondería si antes obtenía contestación. Y preguntó lo que no tiene respuesta. Job hubo de callar.

Desde la causa de la creación del mundo hasta el motivo de que hierva la olla, todo lo ignoto, todo lo arcano, todo lo que permanece en el misterio se lo preguntó a Job Jehová. ¡Nada de eso se le había ocurrido investigar al que se rascaba con una teja y, en cambio, quería conocer por qué le picaba la sarna! Realmente lo que a Jehová preguntaba Job no tenía importancia, ni siquiera relativa.

Job lo comprendió. No quiso ya saber. Sabía ya bastante. Sabía que le picaba la sarna por lo mismo que se creó el mundo y que la olla hierve. ¡Porque quiere Dios! Está bien que el mundo fuese creado y que la olla hierva. ¡Bien está que el dolor nos doble! Y Job dijo: «De-

nunciaba porque no entendía. Ya entiendo. Por tanto, me aborrezco y me arrepiento. En el polvo y en la ceniza...

Así bendijo Job a Dios con la sarna y sobre el muladar.

Jehová entonces volvió su ira contra los tres indiscretos que influyeron sobre el justo para hacerle querer conocer los designios supremos. Eliphaz Temanita, Bildad Sahita y Sophar Naamathita hubieron de ofrecer holocausto. Y Dios mudó la aflicción de Job.

Sanó el enfermo, rehizo su fortuna el arruinado, y a los hijos perdidos sustituyeron otros hijos en el roto amor paterno. De ellos los hombres fueron fuertes como ninguno, y las hembras tan bellas como nunca en la tierra se vieron igual.

La fortuna de Job llegó a consistir en catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil pollinos. Job disfrutó tal fortuna ciento cuarenta años, que dejó transcurrir paseando por el mundo, mirando hervir la olla y dispuesto siempre a rascarse con una teja si se le reproducía el sarnazo.

¿Cómo debe ser!

Renunciamento y resignación. Eso nos enseña la obra famosa, que bien merece la fama de que disfruta. Es el «Libro de Job» un tratado de filosofía, escrito antes que ningún otro, y que para nosotros, hermanos en la Iglesia de Cristo, permanece tan en vigor como si ningún

otro estudio filosófico se hubiese escrito después. Su notoriedad debe ser la mayor sin duda posible. Resignación y renunciamento.

¡Ah!... Y que cada uno se rasque lo que le pique.

LUIS DE OTEYZA.

CHISTES

Entre madre e hija:

—Desengáñate, hija mía, los hombres prefieren una mujer ignorante a una mujer ilustrada.

—¿Pero tú te figuras que todos los hombres son como papá?

La hija de Gedeón es bordadora, y va a entregar una docena de pañuelos que le han mandado a marcar.

—Pero, ¿qué es esto?—le preguntan.

—Los pañuelos marcados.

—Sí, ya veo las iniciales es uno de ellos; pero, ¿qué ha puesto usted en los demás?

—Idem.

Consulta frenológica:

—Este bulto que tiene usted en la cabeza denota un carácter violento y brutal.

—Tiene usted razón. Es consecuencia de una disputa con mi mujer.

La leyenda de Sagenfeld

I

El actual distrito de Sagenfeld era hace mil años un reino pequeñito, un reino de juguete. No turbaban su paz los odios, las envidias ni las guerras tan comunes y frecuentes en aquella remota y belicosa época, porque sus pobladores eran pacíficos e incapaces de hacer daño a nadie y gozaba siempre de un sosiego profundo, de un descanso ideal, porque el orgullo, la maldad, las desgracias y los crímenes no se daban en el interior de sus fronteras.

Al cabo de un largo y venturoso reinado, murió el monarca que regía aquel dichoso país y subió al trono su hijo Huberto, el cual era tan bueno, tan sencillo y tan noble, que el amor que las gentes le profesaban se convirtió en pasión, casi en idolatría. Los astrólogos leyeron en las estrellas su porvenir y descubrieron en aquel libro maravilloso la siguiente profecía:

«Cuando Huberto cumpla los catorce años ocurrirá un suceso importantísimo. El animal cuyo canto resuene con mayor dulzura en los oídos del rey le salvará la vida, y mientras su casta sea honrada en el reino, la antigua dinastía no carecerá de herederos, ni las guerras, pestes y miserias se aposentarán en el país. ¡Evitad toda elección falsa!»

Aquella profecía causó profunda sensación, y a medida que se aproximaba la fatídica fecha, iba convirtiéndose en tema exclusivo de las conversaciones. ¿Cómo había que interpretarla? Según las primeras frases del misterioso documento, el animal que debía salvar al rey se presentaría sin necesidad de que le buscasen y en el preciso momento en que hiciera falta; pero la última frase indicaba, sin dejar lugar a dudas, que el rey debía elegir antes y decir qué cantor le placía más. La salvación de la dinastía y del pueblo dependía de que su elección fuese acertada. Respecto a este asunto se formularon en Sagenfeld tantas opiniones como habitantes; pero la mayoría de los sabios era de parecer que el rey debía escoger por adelantado, y cuanto antes mejor. Dictóse, pues, una real orden, en cuya virtud todos los que poseían animales cantores debían presentarse en compañía de ellos en la sala más grande del real palacio el día 1.º de enero del décimocuarto año de la vida del monarca. Cumplióse al pie de la letra, y cuando todo estuvo dispuesto para la ceremonia, se presentó el rey, vestido con los ornamentos reales y seguido de los altos funcionarios palatinos en traje de gala. Apenas se hubo sentado el rey, exclamó:

—Los animales cantan todos al mismo tiempo: ¿Cómo voy a elegir el que más me gusta? Que se los lleven y los traigan uno a uno.

Uno tras otro deleitaron los oídos del rey los alados cantores. Volaron los minutos. La elección resultaba difícil, sobre todo pensando en la pena que iba a acompañarla si era desastrosa. El rey dudaba de lo que oía, sentíase presa de gran agitación, y las preocupaciones que le embargaban se reflejaron en su rostro. Los ministros, que le miraban fijamente, dijeron para sus adentros: ¡Se acobardó, perdidos estamos!

Una hora permaneció el rey sumido en profundas meditaciones. De pronto exclamó:

—¡Que traigan nuevamente al mirlo!

El mirlo lanzó sus trinos más agudos y complicados. Ya iba el rey a levantar el cetro para indicar que su elección estaba hecha, cuando se detuvo, y dijo:

—Es preciso tener seguridad. Que traigan al chorlito y que cante en competencia con el mirlo.

Las dos aves recrearon el oído del rey con melodías sublimes, y pronto se notó que Humberto se había decidido por fin. La esperanza renació en los corazones, los ministros respiraron, el cetro se levantó lentamente cuando le ocurrió un incidente deplorable. Oyóse en la puerta de la sala un ruido análogo a un estentóreo *i...a, i...a, i...a*. Los presentes palidecieron y se esforzaron en ocultar el espanto que aquella interrupción les producía.

Una niña aldeana, de unos nueve años de edad, preciosa y delicada como una flor silvestre, entró en el regio salón con el entusiasmo más sincero pintado en el semblante. Al ver aquella majestuosa asamblea y al notar la cólera que reflejaban las caras de tan nobles señores, la niña se detuvo, bajó la cabeza y ocultó su arrebolado y gentil semblante en el tocoso delantal. Nadie le dió la bienvenida; nadie se compadeció de ella. Algo repuesta de su primera impresión, pasó la mirada por la sala, secó sus lágrimas y dijo con voz trémula:

—Señor rey: perdonadme si me atrevo a presentarme ante vos. No tengo padre ni madre; mis únicos bienes son una cabra y un asno; ellos son mi felicidad y mi orgullo. La cabra me da una leche dulcísima, y mi asno me deleita con sonoros rebuznos. El bufón de vuestra majestad me ha dicho que el animal que mejor cante salvará la patria, me aconsejó que trajese a mi asno, y heme aquí...

La corte entera, desde el más alto hasta el más bajo, soltó la carcajada, y la niña, avergonzada y temerosa, huyó lo más de prisa que pudo. El primer ministro ordenó con la mayor reserva que la expulsasen del palacio y le prohibiesen terminantemente la entrada en el mismo, y la ceremonia continuó. Los pájaros rivales hicieron lo indecible; pero el cetro no se movió, y la esperanza fué poco a poco extinguiéndose en el corazón de los presentes. Veloces transcurrieron las horas. A la mañana siguió la tarde y a la tarde el anochecer. La muchedumbre estacionada ante los balcones de palacio se perecía de miedo y zozobra. Las sombras fueron espesándose; en la regia sala el rey no distinguía ya a sus cortesanos; reinaba un profundo silencio. La prueba se había verificado con lastimoso éxito, y lo que todos deseaban era ocultar en las tinieblas el miedo que se reflejaba en las caras después de haberse aposentado en el alma.

De pronto, en medio de la oscuridad y del silencio, se oyó un cántico magnífico, una melodía celestial; el ruiseñor cantaba.

—¡Arriba los corazones!—exclamó el rey.—Mandad que repiquen las campanas para que el pueblo sepa que ya hemos elegido el cantor y que nuestra elección es acertada. El país se ha salvado. De aquí en adelante el ruiseñor será honrado por los siglos de los siglos. Anunciad a nuestros súbditos que todo el que se permita

matar o hacer el menor daño a un ruiseñor, morirá en la horca. ¡He dicho!

Entonces todos dieron muestras de la más ruidosa alegría. El palacio y la ciudad lucieron aquella noche luminarias espléndidas; repicaron a todo vuelo las campanas, y en las calles y en las plazas hubo canciones, músicas, bailes y fuentes de vino que llevaron a su colmo el alborozo público. El ruiseñor fué desde aquel momento un ave sagrada; los pintores, los escultores y los poetas le tributaron el homenaje del arte, y su figura adornó las columnas de los edificios, las torres de las iglesias y las fuentes públicas. El rey le nombró a su consejo, y dicen que nunca tomó resolución alguna sin consultarla con él, interpretando cuidadosamente sus arpaos y melodiosos trinos.

II

No todo ha de ser felicidad en este mundo. Un día de verano salió el rey de palacio escoltado por un lucido séquito de gentiles hombres provistos de perros y de halcones. Iban de caza. Al cruzar un tenebroso bosque, se alejó el monarca de su acompañamiento, y queriendo alcanzarlo se lanzó al trote de su corcel por la primera senda que se ofreció a su vista. No debía ser la más apropiada, pues cabalgó una hora y luego otra, sin hallar a sus gentiles hombres ni a sus perros. La noche le sorprendió perdido en un paraje solitario y salvaje. Llegó la hora de la catástrofe... A la luz mortecina del crepúsculo se vió en medio de un espeso zarzal, y queriendo salir de él rodó a un precipicio oculto entre la maleza. El caballo quedó muerto, y el rey con una pierna rota, solo y sin poder valerse. Las horas le parecían años; su oído recogía atento los menores ruidos; pero en vano, porque sólo interrumpían el silencio los poéticos rumores de la selva; hasta él no llegaban los ladridos de los perros, ni los toques de los cuernos de caza. Comprendió que estaba perdido, y exclamó:

—¡Puesto que ha de venir la muerte, que venga pronto!

En esto se oyó, en medio de medroso silencio, el canto dulcísimo de un ruiseñor.

—¡Salvado!—gritó el rey.—¡Estoy salvado. ¡Es el ave sagrada, es el cumplimiento de la profecía! Los dioses me guiaron para elegirla...

Su júbilo era inmenso, y no tenía palabras con que expresarlo. Creyó oír los presurosos pasos de sus salvadores... pero no; el auxilio no parecía por ninguna parte, y las horas transcurrieron lentamente mientras el ruiseñor, impávido, cantaba. El rey sospechó que la elección que había hecho no era buena.

Al clarear el día suspendió su canto el ruiseñor; llegó la mañana y con ella el hambre y la sed, pero no el auxilio. Pasó el día y tornó la noche. De repente resonó en la enramada el canto del mirlo, y dijo el rey:

—Este era el pájaro que debí elegir; los salvadores tardarán poco.

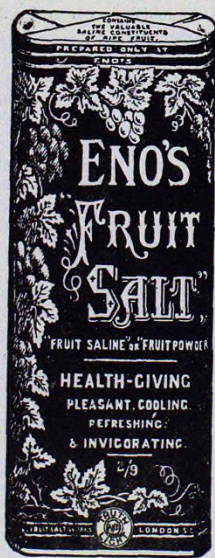
Pero no llegaron, y el rey perdió el conocimiento. Al volver en sí cantaba otro pájaro.

—Esos animales no pueden salvarme,—dijo el rey;—mi pueblo y yo pereceremos.

Y se recostó para aguardar la muerte, que le hacían desear sus tormentos. Debió permanecer mucho tiempo sin pensar ni sentir, porque al abrir los ojos alboraba la tercera mañana. ¡Qué hermoso le pareció todo al rey en aquel despertar de la naturaleza! El amor a la vida era cada vez más fuerte, y dirigió al cielo apasionadas plegarias. Entonces creyó percibir un rumor lejano, débil, pero qué grato... *i...a, i...a, i...a*.

—¡Esa voz! ¡Oh! esa voz—exclamó el rey—es más armoniosa que la del ruiseñor, porque no sólo induce esperanzas, sino que promete salvación... ¡El sagrado cantor de la profecía

DESDE HACE 40 AÑOS la SAL DE FRUTA DE ENO (ENO'S FRUIT SALT)



Ha gozado de la mayor popularidad y ayudado a millones a recuperar la **SALUD**, el **BUEN SEMBLANTE** y el **BIE-NESTAR**.

Es el mejor remedio contra el **ESTREÑIMIENTO**, el exceso bilioso, la **INDIGESTION**, los dolores de cabeza, la **IMPUREZA DE LA SANGRE** y el estado febril del organismo.

Tiene un gusto agradable y una acción dulce. Sin régimen especial, sin pérdida de tiempo, nada más que un vaso de **SAL DE FRUTA ENO**. Si se toma cada mañana pronto notareéis una gran mejoría en el estado general. La nutrición se vuelve agradable y provechosa, el sueño es ininterrumpido y reparador y se recupera el buen semblante. Le gusta a los niños y pueden tomarlo cada día con seguridad.

**GUARDEN SIEMPRE UN FRASCO
EN LA CASA O VIAJANDO**

Preparado únicamente por J. C. ENO, Ltd., LONDRES

Desconfíese de las imitaciones. Nuestra marca de fábrica está registrada
VÉNDESE EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

se ha presentado él mismo, y mi casa y mi reino se han salvado.

La voz que tan deliciosa parecía al rey fué acercándose, haciéndose más sonora, más ruidosa, y el que la profería bajó hasta el fondo del barranco, no sin detenerse para arrancar sabrosas matas de hierba. El cadáver del caballo y el trágico aspecto del rey debieron producirle gran admiración, pues se quedó embobado contemplándolos. Huberto le pasó la mano por el hocico y el asno se arrodilló como solía hacerlo para que su ama le montase. Con gran trabajo se subió el rey sobre el lomo, agarrándose de las orejas, y el dócil animal le llevó a la cabaña de la joven campesina, la cual le cedió su lecho, le dió a beber leche y salió en busca de los desesperados palaciegos.

El rey sanó de su pierna, y cuentan que su primer acto de gobierno fué proclamar la santidad e inviolabilidad del asno, nombrarle consejero suyo y mandar substituir con su imagen la del ruiseñor que en todas partes se veía. Luego manifestó que era su voluntad casarse con la leñadora, y lo hizo.

Esto reza la antigua leyenda de Sagenfeld. Su contenido explica por qué los ruinosos muros, torres y columnas de aquella ciudad ostentan la figura de un asno; por qué durante más de un siglo ocupó un asno puestos eminentísimos, y poesías de aquel reino que hasta nosotros han llegado, comienzan con las significativas sílabas: *I...a, i...a, i...a*.—MARK TWAIN.

VARIEDADES

No se trata de una fábula a estilo de las de Samaniego, sino de comparar la fuerza del más robusto de los hombres con la de esos pequeños coleópteros tan insignificantes.

Hace algún tiempo, un periódico científico preguntó si era verdad que el hombre gastaba mucho menos energía que el resto de los animales y todos los que contestaron a la información lo hicieron afirmativamente.

Si consideramos la acción en el reino animal, fácilmente nos convenceremos de que el hombre es muy inferior, sobre todo, en lo que concurre a la locomoción.

La inferioridad empieza desde el nacimiento, pues a los pocos meses es necesario empezar a enseñar al niño a andar, y continúa la inferioridad durante toda la vida, en la que estamos sujetos a múltiples afecciones del aparato motor.

La variedad de la locomoción en los animales es grande. Los hay que andan, vuelan y nadan, y casi todos pueden andar, correr, trepar, saltar, nadar, etc., sin necesidad de un período de aprendizaje más o menos largo como sucede con el hombre.

La fuerza que desarrollan para todos estos ejercicios, comparada con la que desarrollamos y teniendo en cuenta su peso, es verdaderamente enorme. El escarabajo, por ejemplo, es cien veces más fuerte que el caballo, con relación a los pesos respectivos y éste más fuerte

Desde hace más de un siglo Eau de Cologne Atkinson sigue siendo el perfume favorito de toda la Nobleza de Europa. Es porque en fineza y fragancia penetrante y sutil sobresale incomparable entre cualquier otra marca de Eau de Cologne que se encuentre en el mundo.

Exiga usted siempre la marca Atkinson, pues es garantía de calidad inmejorable.

Eau de Cologne
Atkinson.



que el hombre. Si fuésemos en proporción tan fuertes como un escarabajo, podríamos hacer juegos malabares con pesos de varias toneladas.

El doctor R. A. Reiss, de la Universidad de Lausanne, en Suiza, en su Manual de Policía Científica, da curiosos detalles sobre los ingeniosos medios de que se valen los presos para comunicarse entre sí o con sus cómplices de afuera, y a estas cartas las llaman kassiber.

Los kassiber llegan y salen de las cárceles de mil maneras, y cita algunos sumamente interesantes. Un detenido recibía correspondencia de sus allegados, que en apariencia eran noticias banales y entre líneas no se leía nada, pero las noticias que interesaban al preso estaban escritas con lápiz, en el dorso de la estampilla; el preso despegaba el timbre y leía el secreto mensaje.

Un preso ruso, recibió una vez de su primo, por intermedio del padre, algunas naranjas y un bife, y adentro de las naranjas, y en el centro de la carne, venían misivas envueltas alrededor de un fósforo y protegidas por papel impermeable.

Otro detenido solicita libros y la esposa se los envía, son revisados por el director de la cárcel y no se encuentra nada; pero en el texto de uno, en seis páginas, la mujer había marcado, con un puntito palabras diversas, que colocadas en conjunto era la relación detallada del arresto de un cómplice.



Nuevo Importante Argumento en favor del Método de Alimentación con Mellin

CUANDO más se dan cuenta de que el mejor régimen para un nene criado con el biberón debe basarse sobre *leche fresca*, más se acrecienta la demanda de Alimento Mellin, el cual debe emplearse *con leche fresca*.

Y eso no es de extrañar, ya que los doctores más eminentes de nuestra época afirman categóricamente que la leche esterilizada es nociva para los niños (es evidente que eso se aplica igualmente a la leche secada).

El Alimento Mellin da a la leche de VACA LAS PROPIEDADES DE LA LECHE HUMANA.

La leche fresca de vaca sola, es indigesta para los nenes, pero contiene elementos vitales que *solo se hallan en la leche fresca*. Añádale Alimento Mellin a dicha leche fresca y no sólo se conservarán sus elementos sino que se convertirá en leche "humana" y por lo tanto digestible para cualquier recién nacido.

APLICABLE EN EL ACTO.

Variando la proporción de Alimento Mellin y leche fresca, el régimen puede adaptarse exactamente a las necesidades de cualquier niño, sean cuales fueren su edad y constitución: siempre es el régimen que más asegura el desarrollo completo, sano y general del niño.

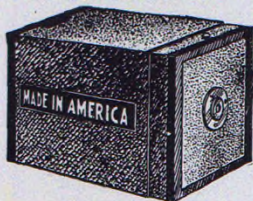
Alimento Mellin

Ha poco escribía un doctor: "Mezclado en la leche fresca de vaca, el Alimento Mellin lo encuentro muy superior a los alimentos preparados con agua". (*Carta original en el archivo*).

PRUEBENLO USTEDES MISMOS. Frasco de muestra de Alimento Mellin con útil librito sobre la lactancia de los niños de corta edad, se le mandará gratis al pedirlo.

H. W. ROBERTS y Cia, 31, Esmeralda, Buenos Aires.

MAQUINA FOTOGRAFICA Y SU EQUIPO COMPLETO



50 CENTAVOS
ORO AMERICANO

Se toman los retratos y se completan en dos minutos. No es necesario el cuarto oscuro. Tampoco se necesita impresiones. Suministramos la maquina completa con placas revelador, y con instrucciones, de manera que hasta un niño de seis años puede tomar fotografías de paisajes, edificios, etc. Positivamente no se necesitan conocimientos de fotografía. La cámara y su equipo, listo para su uso, la enviamos por paquete postal franqueado al recibo de 50 cts. americano en dinero o sellos de correo, sin usar.

EASTERN CAMERA CO., 1162 Broadway, Dep. 228 - Nueva York, E. U. A.

LO QUE CUENTA UNA BATALLA

Cuando se piensa en la enormidad de batallas de hoy día y en el consumo tan enorme de municiones de todas las especies, el primer pensamiento es para las existencias humanas cortadas por esta hecatombe sin piedad. Después de este pensamiento piadoso, ¿cómo no preguntarse también lo que puede costar en proyectiles y en dinero una batalla moderna?

Esto es lo que vamos a ver en las líneas que siguen, tomando como base de nuestros cálculos cien días de una de las batallas más formidables que se ha librado: la de Verdún.

Para convencernos tomemos como tipo y examinemos el funcionamiento de una batería de 75, francés:

que el fuego es más intenso, un cañón puede hacer cerca de 20 disparos por minuto; pero este esfuerzo no puede prolongarse, a causa del calentamiento de los metales.

El proyectil de calibre 75 se compone de la granada con su espoleta, de la vaina y la pólvora que, mediante la explosión, lanza la granada.

Se sabe que hay dos clases de granadas: las que contienen los shrapnells, es decir, que encierran 300 balines de 12 gramos y 700 gramos de pólvora y pesan 7 kilogramos 240 gramos, y las que están cargadas con melinita, de un peso total de 5 kilogramos 300 gramos.

El proyectil francés completo, compuesto de granada con espoleta, vaina y pólvora, cuesta 30 francos.

Después de haber hecho 6000 disparos, un cañón de 75 está fuera de uso; como este cañón cuesta 18.000 francos, resulta que sólo por desgaste de la pieza cada cañonazo sale a tres francos. Añadiendo a esto el precio de la granada, da una suma de 13.500 francos que un cañón consume en una batalla, durante la cual dicho cañón puede calcularse ha tirado 400 cañonazos, vertiendo 25.000 kilogramos de metal sobre el enemigo.

Los 120 cañones de un cuerpo de ejército tirando toda una jornada, cuesta, por lo tanto, en municiones y fabricación, 16 millones de francos, en cifras redondas, y envían tres millones de kilos de metal sobre las posiciones enemigas.

Pero si se profundiza un poco la cuestión, se ve que el gasto es, en realidad, más considerable. Un cañón tiene una existencia muy corta, puesto que vive solamente el tiempo en que se emplea realmente, es decir, durante la salida de los pro-

yectiles. Una granada tarda la centésima parte de un segundo en atravesar el cañón.

En consecuencia, los 6000 disparos que puede hacer un cañón los hará en 60 segundos; de donde tenemos que, durante este minuto de su existencia, el cañón y la carga habrán costado 40.000 pesos oro, resultando fantásticos el dinero que se consume y el precio que alcanzan esos duelos de artillería.

Después del cañón de 400, el mayor que oficialmente se sabe tienen los franceses, poseen hasta el cañón de 105, todas las clases de cañones de artillería pesada, comprendiendo los obuses y morteros.

Entre los más conocidos está el Rimailho, que es un cañón de 156 milímetros, en el que la granada pesa 43 kilogramos y que puede tirar cinco cañonazos por minuto.

En toda su existencia puede disparar hasta 2000 cañonazos próximamente.

El de 320, que según los franceses les ha hecho un gran servicio en la batalla de Verdún, contribuyendo eficazmente a detener las oleadas asaltantes, tiene una granada que pesa 510 kilogramos y no puede disparar más que 200 cañonazos en toda su vida; lo que reduce su utilidad real a una duración de dos segundos.

Una sola de estas granadas cuesta 2.550 francos; la cantidad de pólvora necesaria para proyectar esta granada es próximamente de 170 kilogramos o sea un gasto de 1.350 francos por cañonazo.

En resumen: un sólo cañonazo cuesta 6.410 francos.

Y los dos segundos de vida del cañón cuestan, finalmente, 1.275.000 francos. Comparando estas cifras con el cañón de 75, vemos que éste último cuesta relativamente poco.

El cañón de 75, cuesta 200.000 francos por minuto, o sea 3.300 por segundo, y el de 320 cuesta 840.000 por segundo, y si tuviese una vida tan larga como el de 75 costaría 39 millones de francos por minuto.

Alemania tenía antes de la guerra 40 piezas de artillería pesada por cuerpo de ejército, y podemos admitir que los franceses tienen hoy día el mismo número.

Con la intensidad de los bombardeos actuales en el frente, estas piezas envían sobre el enemigo en veinticuatro horas 350.000 kilogramos de metal, lo que equivale a un gasto de 750.000 francos, y contando el gasto de los cañones da un total de 25 millones de francos.

Si se unen a estas cifras las correspondientes al gasto de los cañones de 75, se obtiene que un cuerpo de ejército gasta la suma de 650.000 kilogramos de metal, 4.100.000 francos, comprendiendo el gasto de los cañones.

El precio del tiro de las ametralladoras y de los fusiles Lebel es muy inferior al que acabamos de avaluar. Estas cifras son muy curiosas, aunque difíciles de determinar rigurosamente.

AGUA DE TOILETTE

"CHAMINADE"

DE MORNÝ - LONDRES

Da un golpe de gracia encantador al más delicado tocado personal.

Una ó dos cucharaditas agregadas al agua de lavar producen efectos sumamente refrescantes; la piel también se vigoriza y el cutis se pone claro y saludable.

Como un perfume, "Chaminade" tiene un carácter completamente suyo—y su constancia y hermosura han resultado en que sea constantemente en demanda en siete cortes reales.

Loción para el cabello, polvo para el cutis, Sales de Baño, Jabones para el baño y el tocador, etc., etc., son surgidos por la Casa Morný, todas exquisitamente aromatizadas con "Chaminade"

MORNÝ

REPRESENTANTES EN BUENOS AIRES:

Sucesión Diego Gibson, Defensa 192



Ensena los huesos de sus dedos, el plomo de un lapiz, etc. etc. Puede Ud. ver a través del vestido, aun la piel se vuelve transparente y se ven los huesos. El instrumento mas interesante que se ha inventado. PIENSE EN EL PLACER QUE TENDRA TENIENDOLO. Completos Rayos X enviados franco de porte por paquete postal 25 cts., 3 por 50 cts (monedo o sellos). Use el cupón de abajo y le enviaremos nuestro completo Catálogo de Novedades.

NOMBRE

DIRECCIÓN

X-RAY CO. 177 E. 93 St. Dep. 438 New York, E. U. A.

